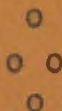


GFS-188-A

Tres solteros inocentes
(mecnografiado)

"TRES SOLTEROS INOCENTES"

ACTO PRIMERO.



"TRES SOLTEROS INOCENTES"

Comedia en tres actos, en
prosa, de **FEDERICO ROMERO**
y **GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.**



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

PERSONAJES

POR ORDEN DE SU SALIDA A ESCENA.

JUAN.

RAMON.

BONI.

SEÑORA PATRO.

PEDRO.

CESPEDES.

GLORIA.

OLGA.

ROSARIO.

ANGELITA.

EL DOCTOR.

Una voz de mujer y una voz de hombre que sue-
nan dentro.

La acción en Madrid. Época actual. Las indica-
ciones del lado del artista.

— . . . —

"TRES SOLTEROS INOCENTES"

ACTO PRIMERO.

Amplio estudio juvenil en el ático de una casa céntrica madrileña. No está decorado este estudio al estilo de aquéllos que habita la bohemia artística de cualquier lugar del planeta. Todo lo contrario: en esta gran estancia, que sirve de comedor y cuarto de estudio a unos cuántos jóvenes, se adivina el orden, el buen sentido, el método que han presidido en su instalación y que rigen en su existencia normal.

Ocupa todo el fondo una gran cristalada en la que figuran dos ventanas. Cuando éstas se abren, dejan ver la parte superior de la galería de un patio, con otras ventanas pertenecientes a análogos estudios. Los tejados o azoteas de otros edificios más elevados, forman una graciosa perspectiva.

En el lateral izquierdo de la estancia, dos puertas. La del primer término, amplia, pone en comunicación con un pasillo, al final del cual está la entrada desde la escalera. La del segundo término dá a un cuarto interior, que comunica también con el pasillo. Cuando se abre esta puerta deja ver

una cortina. En el lateral derecho, otra puerta.

En el estudio, muebles americanos, que den impresión de trabajo, no de riqueza; un bureau, una mesita con máquina de escribir portable, una mesa grande de dibujo, que se transforma en mesa de comedor, merced a un hule que se le aplica; un armario, un par de clasificadores. Adosada al lateral derecho, -entre la puerta y la cristalada,- una turca. Bajo las ventanas, elementos de calefacción central. Aparatos de luz apropiados. Un sillón de madera ante el bureau, dos sillones más, cómodos, y varias sillas, que hagan juego con ellos. Alguna mesa pequeña con ceniceros. Una percha de varios brazos en un rincón.

Nada de floreros, nada de cuadros en las paredes. Unicamente un calendario con un taco de números grandes que marca el día 1 del mes de mayo. También un rótulo, a la manera de algunas oficinas, donde dice: "Las visitas, cortas, muy cortas, porque tenemos mucho que hacer". Al levantarse el telón, nadie en escena.

(Suena un timbre. A los pocos segundos, entra, por el primer término izquierda, JUAN; joven decentemente vestido, con sombrero blando y una gabardina al

(brazo. Se dirige a la perchera
 (cuelga ambas prendas, y va al
 (bureau. Allí encuentra una co-
 (piosa correspondencia. Hace
 (con ella tres montones; con
 (uno entra en el cuarto del
 (primer término derecha, donde
 (lo deja: el segundo lo pone
 (ordenado en el "bureau" y, el
 (tercero, lo guarda en una car-
 (peta de cartón que saca del
 (cajoncito de la máquina. Abre
 (ésta, se sienta ante ella y
 (comienza a escribir. Suena a
 (poco el timbre; y, como antes
 (a los diez o quince segundos,
 (entra, por la misma puerta
)que Juan, su compañero RAMON,
 (sin sombrero ni gabán de nin-
 (guna clase. Viste sencillamen-
 (te de americana. Ramón es más
 (joven y mas fino que Juan. Pa-
 (ra leer, escribir o dibujar,
 (usa gafas de concha, que lue-
 (go, -cuando no las utiliza,-
 (guarda.

JUAN.-

(Levantando la vista de la má-
 (quina.

¡Ah! Eres tú...

RAMON.- Estaba la puerta entornada.

JUAN.- Lo mismo me ha ocurrido a mí; y la dejé
 también entornada, por si acaso.

RAMON.- (Llamando hacia la derecha)

¡Señora Patro! (Una pausa)

No está. Se habrá salido a algún quehacer.
¿Hay algo?

JUAN.- Nada. En nuestro cuarto, sobre tu cama,
te he dejado unas cartas.

RAMON.- ¡Hombre!... (Hace mutis por la puerta de
(la derecha y vuelve enseguida
(con un sobre a medio abrir.

Noticias de casa. ¡Mira! Y el cheque. Mi
padre no falla, Me alegro por la tranqui-
lidad de Pedro.

JUAN.- Yo le entregué anoche mi paga.

RAMON.- Mejor. (Sigue leyendo, mientras que
(Juan vuelve a escribir a má-
(quina.

JUAN.- (Interrumpiéndose de nuevo)

¿Buenas noticias?

RAMON.- Excelentes. No se presenta mal la cose-
cha. Si yo no la amplío con unas calaba-
zas...

JUAN.- ¿Aprietan mucho este año en Caminos?

RAMON.- Y en todas las Especiales. ¡Hacen bien!
¿Se quieren Ingenieros de porvenir? ¡Pues
que trabajen. Ya véis que a mí me obliga
a estudiar más; pero comprendo que hacen
bien. ¿No tienes gazuza?

JUAN.- Hoy no comeremos hasta las dos. Es cierre
de balance para Pedro; y ya sabes que, si

no le cuadran las cuentas, no está tranquilo.

RAMON.- No me acordé de que era día uno. Hubiera tomado un bocadillo, Me pondré entonces a dibujar. (Va al armario, saca unos rollos, extiende uno sobre la mesa y lo clava a ésta con chinchas. Saca luego lápices, goma, etc.

JUAN.- ¿Un proyecto?

RAMON.- El de un nuevo puente sobre el Tajo. El cálculo lo tengo resuelto; pero el estilo artístico, no. ¡Me falta imaginación!

JUAN.- ¿Por qué no lo haces dieciochesco? Yo he leído en un libro en la oficina...

(Suena otra vez el timbre)

¿Quieres abrir?

(Ramón acude a abrir la puerta de la calle.

¡A ver si termino ésto de una vez!

(Vuelve a escribir a máquina y deletrea mientras escribe.

Se-ñor Di-rec-tor de la Esotan-dard Oil
Cóm-pa-ny Limited.

RAMON.- (Que vuelve, seguido de Bonifacio, tipo de camarero madrileño con americana de calle.

¿Tu apellido no es Fernández?

JUAN.- Sí. ¿Qué ocurre?

RAMON.- Este señor; que pregunta por tí.

(Vuelve a su faena)

JUAN.-

(Al recién llegado)

Usted dirá. Pero, siéntese, siéntese; que parece que viene fatigado.

BONI.- ¿Cómo fatigado? ¡Hecho puré!

(Se sienta)

Estas casas del Pasaje de la Alhambra, tan buenas y sin ascensor. ¡Parece mentira!

JUAN.- El Administrador ha prometido ponerlo; pero, mientras tanto... Usted dirá.

(Se sienta a su lado)

BONI.- Sí. Ya veo que "las visitas, cortas". Por mí no hay cuidado. De usted depende más que de mí.

JUAN.- ¿De mí?

BONI.-

(Confidencialmente y guiñándole un ojo.)

Le traigo... aquéllo.

JUAN.- ¿Qué es aquéllo?

BONI.- ¡Vamos! No ponga ahora cara de pasmao.

Si tós sabemos lo que es la juventud; si tós sabemos lo que es meterse en juerga.

JUAN.- Como no se explique más claro, señor...

BONI.- ...Señor Bonifacio. O Boni, a secas, como me llama todo el mundo. ¿Hay otro más conocido entre los camareros de La Viña?

JUAN.- ¡Ni yo se quién es Bonifacio, ni conozco esa Viña, ni comprendo a qué viene usted, señor mío.

BONI.- (Sin perder la calma)
Un poco de seriedad y de memoria, pollo. Hoy es primero de més...

JUAN.- Sí señor.

BONI.- Y hace diez días fué veinte de abril.

JUAN.- Exacto.

BONI.- Y aquella noche, en la Viña, se rompió media cristalería, que, por lo pronto, me costó a mí los cuartos.

JUAN.- ¿Y a mí qué me cuenta usted?

(Se levanta molesto)

BONI.- Que aquí está la facturita de los desperfectos, que traigo cumpliendo las órdenes que ustedes me dieron.

JUAN.- ¡Esto es una burla intolerable!

BONI.- (Levantándose también)

¿Cómo burla?

JUAN.- Sepa usted que yo soy un hombre formal,

que ni se mete en juergas, ni rompe copas
 BONI.- Copas... y vasos... y jarras... y hasta
 la ponchera de la sangría. Yo no miento.
 Aquí está la factura.

JUAN.- Pero, ¿qué dice la factura?

(Arrebata el papel de manos de
 Boni.)

BONI.- (Mientras que Juan lee)

Unos cientos de pesetas.

JUAN.- Unos cientos de pesetas, que le pagaré
 a usted Don Luis Fernández del Castillo,
 a quien no tengo el gusto de conocer.

(Devolviéndole el papel)

¡Ya decía yo!

BONI.- (Perplejo)

Bueno. Pero usted, ¿no es el señor Fer-
 nández, del ático, letra C?

JUAN.- Yo soy el señor Fernández Molinos, del
 ático, letra D. Y usted, sencillamente,
 ha entrado aquí equivocado.

(A Ramón)

¡Una gracia más de las vecindades que
 tenemos!

BONI.- Poco a poco. La portera me dijo que donde
 viese una puerta abierta no llamase y que
 donde la viera cerrada, tocase el timbre.

RAMON.- La había cerrado yo.

BONI.- Y como aquí tós son estudios de artistas.

JUAN.- ¡Alto ahí, don Boni... o como se llame!

Todos no son estudios de artistas. Nosotros vivimos tres amigos en comunidad de sentimientos y de intereses y no se nos ha ocurrido, ni por un momento, ser artistas. Ya le he dicho que somos personas formales. Y ahora completaré: decentes.

RAMON.- Ahí en la letra C, viven unos pintores, y en la letra A. unos cupleteros. Esos serán los que usted busca.

BONI.- Esos serán. Y, por lo demás, ustedes perdonen. (Yendo hacia la izquierda)

El caso es... que tengo el gáznate reseco. ¿Sería mucho pedir una copa de agua?

JUAN.- Eso no cuesta dinero.

(Mutis por la derecha)

BONI.- (Acercándose, ladino, a Ramón)

Y usted, ¿no cree posible que aquí el señor Fernández, metido en juerga?... Porque yo esa cara...

RAMON.- ¿Pero no busca usted al señor Fernández del Castillo? Este es Fernández Molinos. No le dé usted vueltas.

BONI.- Esto me pasa por confiao. Se cree uno que

está adelantando dinero a un hombre más exacto que un reló de cuco. Y luego resulta...

RAMON.- Sí. Que el adelantado es él.

JUAN.- (Saliendo con un vaso de agua
(sobre una bandejita.

¡El agua!

BONI.- Se agradece. ¿No tendrían un poco de anís?

RAMON.- Eso no lo tenemos más que los jueves, que hay globitos.

BONI.- ¡Qué frescura! (Bebe)

RAMON.- ¿Cómo?

BONI.- La del agua.

(Devolviendo el vaso)

Conque... digerir bien ~~la~~ seriedad y, si alguna vez se arrepienten, ya saben donde puedo servirles.

JUAN.- Sí. En la Viña. Juergas, desperfectos y facturas.

BONI.- Pero también muy buen humor y mucha juventud.

RAMON.- Gracias. No tomamos nada entre horas.

BONI.- Entonces... que les entierren juntos.

(Y se va rápidamente por la primera izquierda, seguido por Ramón. Enseguida se oye (el golpe de la puerta al cerrarse.

JUAN.-

(A voces, hacia el pasillo)

¡Váyase de una vez, so impertinente!

RAMON.-

(Que vuelve)

Pero, ¿tú has visto?

JUAN.-

¿Yo? Yo ya estoy de vuelta. A mí, no, hombre. Este venía a ver si me sacaba algo.. de primo.

RAMON.-

Puede que sea de verdad una equivocación.

JUAN.-

Por supuesto: nos lo tenemos muy merecido. Se empeñó Pedro en tomar este ático.

RAMON.-

Y yo creo que hizo bien. Amplio, decente, céntrico... y lo más barato que encontró.

JUAN.-

Sí en eso no le hago cargos. Pedro es nuestro administrador ideal. Nos hará vivir bien y nos ahorrará dinero. Pero es demasiado ingénuo.

RAMON.-

¿Qué? ¿La vecindad?

JUAN.-

¡Claro, hombre, claro! ¿A quién se le ocurre más que a él tomar un ático en medio de otros que son un torbellino constante? ¡Qué risas, qué músicas, que escándalo siempre! Y, por si faltaba algo, estas equivocaciones lamentables.

RAMON.-

En lo de las risas y las canciones, tienes razón. Yo ayer, para estudiar, tuve

que cerrar la ventana.

JUAN.- Y, ni aún así, podrías.

RAMON.- ¡Qué iba a poder! Estaba resolviendo una ecuación, y una chica, por el patio, no hacía más que cantar:

"Dos por dos son cuatro,
dos por tres son seis,
tres por cuatro doce..."

Lo tuve que dejar. Además, la voz era muy bonita.

JUAN.- Te parecería a tí. También en eso yo estoy de vuelta.

RAMON.- ¿Cómo de vuelta?

JUAN.- De regreso, de retorno. Desengañado de todo lo que huele a canciones, a bellezas y a pérdidas de tiempo.

(Se sienta en un sillón)

RAMON.- Pero, ¿tú has tenido algún desengaño?

JUAN.- Sé en lo que consisten y es igual.

RAMON.- ¿Y qué experiencia es la tuya?

JUAN.- He leído mucho. Suplo la experiencia con cultura. Sé que la vida es sólo un libro abierto y únicamente es feliz aquel que aprende a leerlo desde joven. Por eso, a mí, ¡ya me pueden venir con canciones y con facturitas! El trabajo y el estudio.

¡Hé ahí las dos grandes fuerzas de la juventud!

RAMON.-

(Que sigue en su dibujo)

Por eso yo me afano sin cesar por ser un hombre de provecho. ¿Y el sacapuntas?

(Va al armario)

No está. ¿Tienes una navajita?

JUAN.-

Goce la gillette (1) de Pedro. La que él utiliza para su lápiz. En su cuarto, en el tocador.

RAMON.-

(Se dirige a la segunda puerta de la izquierda.)

Está casi a oscuras.

JUAN.-

Lo dejamos así cuando salimos. Abre.

(Sacando las cartas de su bolsillo.)

Veamos la correspondencia.

RAMON.-

(Que hizo mutis por donde se indicó, y que, después de haber abierto, la supuesta ventana, sale demudado y misterioso.)

¡Juan! Escucha. Juan. En ese cuarto...

JUAN.-

¿Qué pasa?

RAMON.-

En ese cuarto, en el de Pedro, ¡una mujer!

JUAN.-

(Dando un bote)

¿Cómo?

(1) Pronúnciese: vilét.

RAMON.- ¡Una mujer! La he visto yo.

JUAN.- Tú estás soñando.

RAMON.- Que no. Una mujer, con faldas y todo.

JUAN.- Será la señora Patro.

RAMON.- ¡Cá! Una mujer joven... y dormida.

JUAN.- ¿Dormida? ¿Dónde?

RAMON.- Sobre la cama de Pedro. Profundamente dormida.

JUAN.- Pero si no puede ser. ¡En esta casa! Eso es imposible.

RAMON.- Eso creía yo. Pero lo es... lo es...

JUAN.- ¿Rubia o morena?

RAMON.- Creo que rubia, pero en eso no me he fijado bien. ¿Tu sabes el efecto que me ha hecho? Abrí la ventana para buscar el sacapuntas y... me encontré con ella. ¡Por poco grito del susto!

JUAN.- Pero, ¿cómo ha entrado una mujer aquí?

RAMON.- Pues por la puerta, digo yo. Como estaba entornada...

JUAN.- Y, ¿cómo se ha dormido?

RAMON.- Eso... pregúntaselo a ella.

JUAN.- No. Hay que llamar a la portera; que ella la pregunte y se la lleve. ¿Dices que es rubia?

RAMON.- Por lo menos, oxigenada. Ven al cuarto.

JUAN.- ¡No! Yo, no.

RAMON.- Ven conmigo, hombre. Sí, desde la puerta, la vés.

JUAN.- ¡Qué contrariedad! ¡Y la carta a medio escribir!

RAMON.- ¡Toma! ¡Y yo el dibujo sin empezar!

(Ya desde el quicio de la puerta
(levantando la cortina.

Mírala. Dime si eso no es una mujer.

JUAN.- Pero, vestida...

RAMON.- ¡Hombre! Pues, ¿qué te habías figurado?
Yo voy a verla más de cerca.

(Desaparece hacia el cuarto,
(mientras que Juan sigue mi-
(rando, con la cortina un poco
(levantada.

JUAN.- (Imponiendo silencio)

¡Chissst! ¡Chissst! ¡Cuidado! Se va a despertar. ¡Déjala ya, hombre!

RAMON.- (Que vuelve, y avanza con Juan
(al centro de la escena.

Es rubia, auténticamente rubia. Con la piel sonrosada, con un aroma extraño...
Con unos... ¡Es estupenda, chico!

JUAN.- Pero, ¿guapa, guapa?

RAMON.- Yo lo único que puedo decirte es que me ha recordado a mi hermana.

JUAN.- Todos los niños y las mujeres jóvenes

cuando duermen tienen la belleza de los capullos en flor. Es una frase de no me acuerdo qué libro.

RAMON.- Pues esta mujer, con los ojos cerrados, con los brazos hacia arriba y con la boca entreabierta en una sonrisa enigmática, tiene la belleza de una rosa fragante.

JUAN.- Bueno, mira: yo me voy, y cuando venga Pedro le dices...

RAMON.- ¿Me vas a dejar solo con ella?

JUAN.- Es verdad. Si, al menos, supiéramos quiénes; a lo que ha venido...

RAMON.- A los pies de la cama hay un bolso. Debe de ser de ella.

JUAN.- Serán los zapatos.

RAMON.- No. Los zapatos los ha dejado en el suelo. ¿No has visto sus pies?

JUAN.- ¿Sin medias?

RAMON.- Con medias. Son unos pies perfectos.

JUAN.- ¿Miramos el bolso?

RAMON.- Ahora me parece incorrecto. Aprovecharse del sueño de una mujer para descubrir su secreto...

JUAN.- ¿Y si lo hacemos con un buen fin? Por ejemplo: para poder dar a Pedro una explicación.

RAMON.- Lo que quieras.

JUAN.- Procura no hacer ruido.

(Ramón se dirige de puntillas
al cuarto consabido.)

Las mujeres se dividen en dos clases: dominadas y dominadoras. Tenga el lector en cuenta que las dominadas son las más peligrosas. (Esto lo ha dicho como repitiendo un texto aprendido de memoria.)

RAMON.- (Con un bolso de seda negro)

Ha dado una vuelta en la cama y...

JUAN.- ¿Y qué?

RAMON.- Y está más guapa todavía.

(Con un repentino temor)

¡No me dejes solo, Juan!

JUAN.- ¿Es este el bolso?

RAMON.- Este es.

JUAN.- ¿Lo abrimos? (Cogiéndolo)

RAMON.- Si no te atreves, lo vuelvo a dejar donde estaba.

JUAN.- Huele que marea.

RAMON.- Debe de ser esencia cara.

JUAN.- Sí. Con uno de esos motes cursis: "Sueño de primavera", "Noche de estío"...

RAMON.- Pero lo bastante humano para trastornar a cualquiera el juicio.

JUAN.- Yo no lo abro. Hazlo tú, que la conoces más que yo.

RAMON.- Por lo menos, de vista. Lo abro porque tú me lo mandas. Conste.

JUAN.- Sea. (Ramón abre el bolso y mira en su interior.)

RAMON.- Una borla de polvos.

JUAN.- No nos interesa.

RAMON.- Una barra de rouge.

JUAN.- Menos.

RAMON.- Un polisoir. (1)

(A una mirada interrogante de Juan.)

Para las uñas. Un frasquito de perfume:

JUAN.- Será el suyo. ¿Nada más?

RAMON.- Dos caramelos... y unas tarjetas.

JUAN.- Eso es lo importante. ¿Qué dicen?

RAMON.- Todas igual: Gloria Olmedo.

JUAN.- Se llama Gloria.

RAMON.- Lo és.

JUAN.- ¿Cómo?

RAMON.- Al menos, en apariencia. ¿Guardo las tarjetas otra vez?

JUAN.- Sí. Que no sospeche. Y el caso es que no

(1) Polisuar.

hemos averiguado nada; ni sus señas. Esto me huele mal.

RAMON.- (Que ya lo ha cerrado)

¿Peor que el bolso?

JUAN.- Mucho peor. Es una mujer indocumentada.

RAMON.- Con tarjetas.

JUAN.- Pero sin cédula, sin senas. Ahora mismo se pone mala, tienes que llevarla a su casa ¿y a donde la llevas?

RAMON.- La llevarás tú.

JUAN.- ¿Yo? ¡Un diablo!

(Suena, dentro, el golpe de una puerta de ventana que se cierra.)

¿Qué fué?

RAMON.- La ventana. Se habrá despertado.

JUAN.- Sería lo mejor.

RAMON.- Pero, ¡con el bolso en nuestras manos!...

Tómalo tú; voy a mirar.

(Se lo entrega de nuevo, ya cerrado, a Juan, y acude, con precaución, a la puerta, por donde mira.)

Ni se ha movido.

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

(Pausa)

Oye: ahora parece más bien morena.

JUAN.- Será tu vista.

(Se une a él y le devuelve el
(bolsó.

Déjasele ahí a los piés.

(Desaparece Ramón de nuevo por
(el cuarto.

¡Pobre cama! ¡Con el esmero, con la fruición con que se la hace Pedro todos los días! ¡Tendrá que hacerla, luego, otra vez!

(Suenan por la primera izquierda
(unos discretos golpes.

¿Eh?

RAMON.-

(Apareciendo por la segunda)

¿Llaman? (Nuevos golpes)

Esa es la señora Patro, la portera.

(Juan va a abrir)

Esta nos descubrirá el eninga.

(Al salir la aludida)

¿Qué ha sido de usted, mujer de Dios?

PATRO.-

(Mujer cincuentona, limpia y
(desenvuelta, que habla con mar-
(cado acento andaluz.

¿Qué ha sido? ¡Hoy es un día grande, mu
grande, Don Ramonín. Ustés creerán que lo
digo por el sol y por los aires tan pu-
rísimos que se respiran, que son una ben-
dición der Señor! Pos no es por eso sola-
mente. Hoy es un día grande pa una ser-
vidora, porque ha cuajao er milagro ese

que yo le pedía a Santa Rita toas las noches.

JUAN.- ¿Un milagro?

PATRO.- ¿Y no es un milagro, don Juanito de mis curpas, que er señorito Ernesto, su vecino de ustés, me haya pagao los seis meses de arquilé que debía?

RAMON.- ¿Que ha pagado, dice?

PATRO.- Biyete tras biyete. Si entavía no me lo puedo creé. Si, cuando salí de su cuarto, parpaba los papeles, temiendo ser vírtima de una alusinación, y no me he quedao tranquila hasta que los guardé en el arca. Un día grande, pero que mi grande pa mí.

JUAN.- No lo sabe usted bien.

PATRO.- ¿Y no lo voy a sabé, si detrás de los biyetes der cuarto, er señorito Ernesto me ha sortao un pápiro de diés duros de propina? ¡Es mucho sol er que salió esta mañana por la Puerta de Arcalá!

RAMON.- Vamos por puertas: usted se dejó abierta la de esta casa.

PATRO.- Entorná, na más. (Pausa)

Yo estaba aquí trajinando como toas las mañanas; había hecho su cuarto de ustés

y preparao la comida, cuando escucho por er patio una buyanga particulá.

JUAN.- ¡Cuándo no es Pascua!

PATRO.- La de hoy era de una particularidá muy particulá. Sargo, miro por la miriya y me veo a unos señores ingleses que se yevaban er cuadro grande del estudio de ar lao: uno que representa a un torero, camelando a una marquesa.

RAMON.- ¿Se lo llevaban los ingleses?

PATRO.- Se lo yevaban dos mosos de cuerda. Pero los ingleses con ellos. Y yo, al instante me lo figuré. ¿Juerga en er cuarto sin esperá tan siquiera a que sarga er cuadro? ¡Esto es que ha habido changa! Porque otras veses salen los cuadros, también con ingleses, entre el silensio general.

RAMON.- Y entonces es que ha habido embargo.

PATRO.- ¡Eso! Conque yo me dije: -"¡Ay, Patro! que si llegas la primera er dinero es pa ti." Conque dejé entornaíta la puerta; llamé en la de ar lao, me hisieron un re-sibimiento de óle, me ofresieron una copa de mansaniya...

JUAN .- ¿De la Guita?

PATRO.- De la Goya. Me entregaron los pépiros, que ni tan siquiera los habían tocao; me enseñaron más, pa que no tuviera remordimientos de consiensia, y me invitaron pa una gran jarana que piensan armar esta noche en la Viña.

JUAN.- ¿En la Viña, eh? ¿Y no se encontró luego, en la escalera, con uno que preguntaba por el señor Fernández?

PATRO.- ¡Digo! ¡Por er señorito Luis! Ese es el asaíra de la reunión.

JUAN.- El que rompe las copas.

PATRO.- Er que rompe las copas y er que le rompe la crisma ar primero que se le ponga por delante. ¡Menudas espartas tiene! ¡De boxeador!

RAMON.- Y... con la señorita Gloria, ¿no se ha encontrado?

PATRO.- ¿Quién es la señorita Gloria?

JUAN.- Alguna de esas que beben copas y gastan pápiros.

PATRO.- En la casa, no hay, que yo sepa, ninguna Gloria.

JUAN.- Hay una en la casa y en este cuarto.

PATRO.- ¿Aquí?

RAMON.- ¡Aquí!

(Después de mirar alternativa-
mente a uno y otro.)

¡No me haga usted de rei, que tengo er
labio partio.

JUAN.- De reir no sé si le haremos, pero de preo-
cuparse, probablemente.

RAMON.- Hoy es un día muy grande, señora Patro.
¡Ha entrado mucho sol por esa puerta!

PATRO.- (Ya inquieta)

¡Y dále con la puerta! ¿Ha pasao argó?

JUAN.- Ha pasado que, durante la ausencia de
usted y, por supuesto, nuestra, ha en-
trado en esta casa una mujer.

PATRO.- ¡Ah! ¡Vamos! Será la verdulera, que yo
le dije que me pasara unas pocas coles.

JUAN.- No ha sido la verdulera. Ha sido la se-
ñorita Gloria. Y, como esa señorita es
absolutamente desconocida para nosotros,
y podía ser amiga suya, se lo comunica-
mos para que cuanto antes, nos libre de
su presencia perturbadora.

PATRO.- ¿Dónde está esa mujer?

RAMON.- En el cuarto del señorito Pedro.

PATRO.- Ayá voy.

RAMON.- Espere. Está durmiendo en su cama.

PATRO.- ¡Ay! Misté er señorito Pedro, que nos

ha salido a última hora un guaja!

JUAN.- Ni remotamente, Patro. Esta mujer es tan desconocida de nuestro amigo como de nosotros mismos. Esta mujer se ha colado aquí de rondón y, por lo menos nos va a retrasar la hora de la comida.

PATRO.- Por eso no se preocupen, que yo lo dejé tó aviao. Solo farta la última mano. Pero a esta prójima ivan ustés a ver ahora mismo! (Decidida encaminándose hacia la segunda derecha.)

RAMON.- ¿Qué va usted a hacer? Esta dormida...

PATRO.- ¡Verán ustés qué pronto la espabilo!
(Y hace mutis)

JUAN.- Es lo único eficaz.

(A Ramón)

No mires tú ahora.

RAMON.- ¿Le dirá que se vaya?

JUAN.- ¡Claro! Es lo que le hemos ordenao.

RAMON.- ¡Qué susto se va a llevar cuando la despierte! (Viendo aparecer otra vez a la señora Patro.)

¿Ya?

PATRO.- Esa no es la señorita Gloria.

RAMON.- ¿No?

JUAN.- Esa es la señorita Gloria Olmedo. Te lo digo yo.

PATRO.- Bueno, pues yo repito que la que está en ese corchón echá no es ninguna señorita Gloria. Esa es la señorita Argentina, la hija de la viuda der siete. ¡Si la conoceré yo!

JUAN.- Pues lleva en el bolso, que se lo hemos abierto...

RAMON.- ... Yo no quería, ¿eh?...

JUAN.-...Unas tarjetas que dicen: "Gloria Olmedo".

PATRO.- Pos serán de una amiga. ¿Y no yevaba también en er bolso unos caramelos?

(Juan y Ramón se miran)

RAMON.- También.

PATRO.- ¡Je! ¡Si aquí no hay pupila ni ná! Ella es la señorita Argentina, que, hase unos meses, raro era er día que no tenía conmigo en la portería una miaja de palique, y que siempre me daba unos caramelos pa mis nietesiyos. ¡Nò es simpática ni ná la señorita Argentina!

JUAN.- ¿La ha despertao?

PATRO.- ¿Yo? ¡Ni qué estuviera chalá! Es mucha la ley que le tengo, para darle un disgusto de esta categoría.

JUAN.- ¿Un disgusto? Ella es la que se ha metido donde nadie la llamaba.

PATRO.- Pero por argo será. ¿Voy yo a amargarle esa alegría con que sé que se despierta por las mañanas? ¡Que no, hombre, que no! ¿Y el reconcomio que iban ustés a tener cuando ella les mirase y les reprochase su mala arsión?

RAMON.- ¡Ah! Pero, ¿nos miraría?

JUAN.- Descuida, Ramón: en eso también yo ya estoy de vuelta.

PATRO.- ¿Usté? ¡Ni de ida y en tersera! ¿A usté no le ha mirao nunca una mujer, así, con unos ojos entornaos? Bueno, yo no hago eferto, porque estoy a muchos kilómetros de la estación sentral; pero yo le aseguro que, en el andén, le mira una mujer con condisiones y aqueya tarde pierde usté er tren con tós los libros y toas las zarandajas que lleva usté en el equipaje!

JUAN.- Bien, señora Patro. Esa es una opinión que respeto; pero, si no despierta a esa niña, prepárenos el almuerzo para que comamos y podamos marcharnos nosotros.

PATRO.- ¿Se pué poner la mesa?

RAMON.- Yo quitaré estos papeles; ¡para lo que han servido!

(Suena el timbre de la puerta dos veces seguidas.)

PATRO.- ¡Er patrón! ¡La cara que va a poné cuando se entere de la novedá! (Sale a abrir)

RAMON.- Yo no se lo digo.

JUAN.- ¡Ni que fuera un tigre! Se lo dirá la señora Patro, no te preocupes.

(Entra PEDRO, que es un hombre joven, de veintitantos años, (de aspecto un poco rudo, pero, (en el fondo, simpático. Es más lo que quiere aparentar, que lo que es, en realidad. Abandonado en el vestir, tiene, no obstante una elegancia, natural en su desahño. Se toca con una boina que deja en la percha. Las mangas y los pantalones delatan las muchas horas que permanece sentado, trabajando. Durante la escena que sigue, la señora Patro pondrá un hule sobre la mesa y colocará tres cubiertos en ella con su correspondiente servicio, que irá trayendo de la cocina, cuando no intervenga en el diálogo.)

PATRO.- Ya están los dos, sí señor.

PEDRO.- Hola, cofrades.

RAMON.- Hola, Pedro.

PEDRO.- Me retrasé... como todos los primeros.
¡Qué calor tenéis!

JUAN.- Eso es la escalera. Habrás subido deprisa.

PEDRO.- De dos en dos.

(Va al fondo y abre una de las
ventanas.)

Traigo los minutos contados.

PATRO.- Pues el almuerzo no se hará esperar.

RAMON.- ¿Los minutos contados? ¡Qué dejarás tú de contar? Toma: el cheque de mi padre.

PEDRO.- También contaba con él. Me gusta, de tu padre, la exactitud.

RAMON.- Y, si le conocieras, la cordialidad.

PEDRO.- Esa, la admiro más, por lo mismo que carezco de ella, según dicen.

(Va al "bureau" y ve las cartas que le dejó Juan.)

¡Correspondencia! Luego la despacharé.

(Abre un cajón, guarda el cheque y saca dos sobrecitos.)

Aquí tienes, Juan: el dinero que te corresponde este mes: diecimueve duros.

Lo que, de eso, ahorres, para tí.

(Se lo entrega)

Tú tienes menos.

(A Ramón)

diecisiete. Te he pagado la cuenta de la

papejería. (Se lo dá)

Comenzamos el mes completamente en paz: no debemos un céntimo a nadie; tenemos guardados en treinta y un sobres los gastos correspondientes a treinta y un días de este mes de mayo y hay en el capítulo de varios, una cantidad reservada para los extraordinarios a que nos obligue la imprevisión de la señora Patro

PATRO.- ¡Ave María Purísima! Si yo soy er símbolo de la economía.

PEDRO.- No lo niego; pero puedes ser imprevisora.

PATRO.- Según eso, tós podemos ser imprevisores.

PEDRO.- Todos; sólo que unos más que otros. A mí es muy difícil que me coja nada de sorpresa.

RAMON.- (Aparte)

¡Difícilísimo!

PEDRO.- (Sentándose a la mesa a pesar
(de que aún no está terminada
(de poner.

Hoy vengo cansado, pero satisfecho.

JUAN.- Te han cuadrado las cuentas.

PEDRO.- ¡Al céntimo! Era un balance embarullado; pero conmigo no hay tu tía. Tenían que salir, y salieron; ¡pues no habían de

salir!

RAMON.- ¿Marchan bien los negocios de la casa?

PEDRO.- Los negocios, mal; pero las cuentas, bien. Y esa es mi satisfacción: ¡Se les caerá la venda de los ojos! Los negocios van mal porque los llevan sin orden y sin disciplina, y las cuentas salen al céntimo porque las ordeno yo como podría ordenar un batallón.

JUAN.- Bien, Pedro. Pero si las cuentas salen bien y el negocio mal, ¿no hay peligro de que todo se vaya a paseo?

PEDRO.- ¡Claro que lo hay! Y entonces yo me marcharé a otra casa donde el negocio vaya bien y las cuentas mal.

RAMON.- ¡Allí no necesitan contable, hombre!

PEDRO.- Pues montaré yo otro negocio por mi cuenta. Propondré, por ejemplo, al Estado la creación de una Guardilla Nacional en la que tendrán entrada todos los inútiles de solemnidad.

RAMON.- ¿Y tú, ¿qué harías allí?

PEDRO.- Administrar el establecimiento, ¿te parece poco? (Ríe)

Digó ésto, ya en serio, porque hay que ver la cantidad de gente inútil que anda

por esas calles y no le dejan a uno ni caminar con desenvoltura. Ahora mismo, en el tranvía, no sé cómo he podido contenerme: lleno de mujeres y de niños. ¡Y en la plataforma, hasta un perro que se subió dando ladridos! Salí bufando. ¡Con lo que me encocoran a mí los niños, los perros y las mujeres!

JUAN.- Las mujeres, también, ¿verdad?

PEDRO.- Como a tí y como a toda persona sensata.

RAMON.- Sin embargo, yo he leído que la mujer, a veces, dá sorpresas más o menos agradables.

PEDRO.- (Rápido)

Eso será a tí, que eres un inexperto. No hagáis caso de todas esas monsergas. Son cosas que inventan los poetas y los novelistas para engañar a las gentes y cobrar unas pesetas. Una mujer...

(A Patro, que está pendiente de la conversación.)

Yo creo que estará a punto el cocido.

PATRO.- Sí señor. De lo más en su punto está.

(Va a la cocina)

PEDRO.- Una mujer, decía, no es más que un gua-

rismo en la suma de elementos que necesita la humanidad para vivir. Pero los poetas se han empeñado en que es una idealidad, una ilusión, un sueño...

RAMON.- Eso es. Un sueño... muy largo.

JUAN.- ¿Por qué no?

PEDRO.- ¡Bien! Admitamos que es un sueño. Pues que duerma lo que le dé la gana, mientras que el hombre estudia, trabaja y fortalece el mundo.

RAMON.- ¿Y si ese sueño de la mujer termina y te la encuentras, de pronto, despierta cara a cara?

PEDRO.- (Sin perder su aplomo)

Entonces te enfrentas con ella, la dominas y la aplastas contra el suelo como si fuera un gusarapo.

(En la puerta de la derecha,
(ha aparecido la SEÑORA PATRO
(con una sopera.

RAMON.- (Decidiéndose y cerrando los
(ojos.

¡Bueno! Pues, encima de tu cama, tienes un gusarapo.

PEDRO.- (Inmutable)

Que lo barran. Vamos a comer.

(La señora Patro, asombrada,
viene hacia la mesa, colocan-
do la sopera en su centro.

JUAN.- (Sin sentarse todavía a la mesa

Es... que ese gusarapo tiene forma de
mujer.

PEDRO.- (Sorprendido)

¿Cómo?

RAMON.- Sí. Una chica joven que, no sabemos cómo,
se entró en la casa... y está durmiendo en tu cuarto.

PEDRO.- (Se pone de pié pero se domi-
na inmediatamente, y vuelve
a sentarse.

Pues que la echen.

(A Juan)

¿Quieres vino?

(Va sirviendo vino en las copas.

JUAN.- Bueno. (A Ramón)

Que la echen.

RAMON.- (A Patro)

Ya lo está usted oyendo: que la eche usted.

PATRO.- ¿Yo? No, señorito Pedro. Yo no la echo.

PEDRO.- ¿Y por qué no?

PATRO.- Porque es la señorita Argentina.

PEDRO.- (Intrigado)

¡Ah! ¿Se llama Argentina?

JUAN.- Eso dice la señora Patro.

RAMON.- Ella la cocone. Es la hija de la viuda del siete.

PEDRO.- Pues que se vaya a su casa y nos deje en paz. (Ya un poco violento)

¿No quiere usted echarla?

PATRO.- Es que la señorita Argentina... es una señorita desente.

PEDRO.- Decente, no. ¡Decente, no! Una mujer que penetra sin que nadie la vea en casa de tres hombres solteros, se mete en el cuarto de uno de ellos, se tumba en su cama, ¡y se queda dormida!, podrá ser una desgraciada, una desequilibrada, y, si queréis, como se dice ahora, una des-
pistada, ¡pero, decente, no! La decencia, como la moral y como la pureza, es una palabra sagrada que no puede profanarse por las conveniencias, ni las benevolencias, ni las modas.

PATRO.- Tendrá usted razón. Pero la hija de mi madre, ni la despierta ni la echa. Antes me voy yo con viento fresco.

PEDRO.- No tienes por qué acalorarte. ¿No me ves a mí? Sientes escrúpulos y es comprensible que no te decidas.

(A sus amigos)

¿Comemos? (Juan y Ramón, silenciosos, se sientan a la mesa.)

Luego, cuando termine, iré a avisar a la Policía.

RAMON.- ¿Para... denunciarla?

PEDRO.- Sencillamente, para que la eche.

(Tomando el cucharón)

Yo os iré sirviendo, ¿os parece?

RAMON.- A mí, muy poco. No tengo hoy ganas.

PEDRO.- No será por este incidente.

RAMON.- ¡Quita hombre, qué tontería!

PEDRO.- (A Juan)

¡Tú sí tendrás gazusa!

JUAN.- Yo, sí. ¡Como siempre! Pero, no me pongas mucho, porque los fideos... ¿sabes?

PEDRO.- (Que ha terminado de servir un plato, se lo entrega a Ramón.)

¡Ahí va lo del estudiante!

VOZ DE MUJER.- (Dentro, insinuante, acariaciadora.)

Pedro... Pedro...

PEDRO.- (Que se queda con el plato)

(en alto, sin terminar de entregarlo a Ramón.)

¿Han dicho... Pedro?

RAMON.-

(Tomando el plato, como un autómata.)

Sí... Parece que han dicho Pedro.

JUAN.- Y ha sido ella.

PATRO.- ¡Ella mismita!

RAMON.- Eso es que se ha despertado.

PEDRO.-

(Que se ha separado, aún sentado, de la mesa.)

Pero, ¿por qué ha dicho... Pedro?

PATRO.-

Yo no lo encuentro raro. Como en la mesa de noche tié usté un retrato de sus padres que pone: "A nuestro hijo Pedro"...

PEDRO.- Debí haberlo quitado.

PATRO.- Eso se llama ¡imprevisión!

VOZ DE MUJER.-

(Dentro, como antes)

¡Ay!. ¡Ay!...

RAMON.- ¿Se queja? ¿Eso es que se queja?

PEDRO.-

(Levantándose)

¡Yo, qué sé!

RAMON.-

(A Juan)

¿Se quejan así las mujeres?

JUAN.-

(Sentencioso)

Todas las mujeres se quejan igual.

PEDRO.-

¡Nos ha hecho cisco la niña ésta!

(Después de una pausita)

¿Dijo "Pedro", verdad?

JUAN.- Sí, sí, clarísimo.

PEDRO.- Y se estará riendo de mí, y acaso de mis pobres padres. ¡Ah, no; yo no lo tolero; ¡no lo puedo tolerar!...

RAMON.- No debes tolerar. Debes ir a tu cuarto...

PEDRO.- ¡Eso!

RAMON.- ... Arrancarle el retrato...

PEDRO.- ¡Eso!

RAMON.- ¡Enfrentarte con ella!

PEDRO.- (Con una transición)

¡Un cuerno! Eso... no lo hago yo. No me puedo exponer a un escándalo, como uno de esos desgraciados.

(Señala hacia el patio)

Pero, oye, ¿por qué no entras tío?

RAMON.- ¿Como uno de esos?...

PEDRO.- No, perdona. Tú eres el mas joven. Y, sobre todo, ella no sabe cómo te llamas.

RAMON.- Pero, ¿por qué he de ser yo?

(Mirando a Juan)

JUAN.- ¡Hombre! ¡Tú ya has entrado!

RAMON.- Cuando estaba dormida.

PEDRO.- ¡Qué más dá!

RAMON.- ¡Es que hay mucha diferencia!

¡Anda! ¡Entra tú!

PEDRO.- Es un favor que te pido, Ramón. Entrás, le preguntas que si deseaba algo de mí, le dices que nos ha sorprendido mucho su presencia, la haces ver lo extraño y lo violento de su situación...

RAMON.- ...¡Y de la mía...

PEDRO.- Y le ruegas que lo resuelva todo volviendo a su casa por las buenas, porque, si no, la voy a poner yo de patitas en la calle, por las malas.

RAMON.- ¿Nada más que eso, verdad?

JUAN.- ¿Es mucho?

RAMON.- ¡No! ¡Es muy poco! ¡Díselo, tú!

PEDRO.- Será un acto generoso y abnegado en aras de la amistad, que Juan y yo te agradeceremos con toda el alma.

RAMON.- (Decidiéndose)

¡Vaya por la amistad!

(Se detiene, y dice a la señora Patro:

¿Quiere echarme una mano?

PATRO.- Yo me voy a la cosina, que se está enfriando er puchero.

(Toma la sopera y el plato que
habrá en el sitib de Ramón, y
(con ambos, hace mutis por la
derecha.

RAMON.- ¡Alea jacta (l) est!

(Dessorre la cortina del cuarto
de Pedro, y entra en éste des-
(pués de haber compuesto un poco
la figura.

PEDRO.-

((Paseándose lentamente de un la-
do a otro de la estancia.

No creas, Juan, que este episodio me ha
hecho perder mi serenidad. ¡Tú me conoces!
Lo que me fastidia y me encorajina es que
pueda darse el caso de que unos pacíficos
y prudentes ciudadanos se vean, de pronto,
a merced de la primera lagarta que se les
quiera colar por las puertas.

JUAN.-

Conformes. Yo pondría un guardia de asal-
to en cada portal.

PEDRO.-

Pero si las de asalto son ellas.

RAMON.-

(Desde la puerta del segundo tér-
mino izquierda.

¡Chisst! ¡Chisst!

JUAN.-

¡Eh! Ramón...

(A media voz)

PEDRO.-

¿Ya se lo has dicho? (Idem)

RAMON.-

Todavía, no. No he podido, porque hablaba

(l) Pronúnciese: yacta.

ella. Dice...

PEDRO.- ¿Qué?

JUAN.- ¿Qué?

RAMON.- (A Pedro)

Que... si tienes un pitillo. Yo, como no fumo...

PEDRO.- Yo, sí. Dale la petaca.

(Dándole, en efecto, una petaca tosca.)

RAMON.- Pero, ¿sin hacer?...

PEDRO.- En picadira. No tengo otra cosa.

JUAN.- Yo los tengo mejores. Toma.

(Le dá un cigarrillo rubio)

RAMON.- ¿Uno, solo? Parece mal.

JUAN.- Ten la cajetilla. Me quedaré sin fumar toda la semana.

RAMON.- Esto ya está bien. Hasta luego.

PEDRO.- Ramón. (Este vuelve)

Por si necesita cerillas, una caja entera!

RAMON.- Bueno. (La toma)

Con vuestro permiso.

(Medio mutis)

JUAN.- ¡Oye! Y, despierta, ¿sigue siendo guapa?

RAMON.- (Con gesto indefinible)

¡¡¡Uf!!! (Mutis)

(Una pausa durante la cual vuelve Pedro a pasearse por la habitación con las manos a la espalda.)

PEDRO.-

(Deteniéndose)

A Ramón, por lo visto, le parecía guapa.

JUAN.-

No. Si, como guapa, lo és.

PEDRO.-

¿Tú también la has visto?

JUAN.-

(Como disculpándose)

Desde el quicio nada más. Desde el quicio. Me opuse a entrar en el cuarto. Pero ví lo suficiente.

PEDRO.-

(Como hablando consigo mismo, mientras pasea.)

Se me ha secado la garganta. ¿A tí no?

JUAN.-

Bebe un poco de vino.

PEDRO.-

No, Mejor, agua.

(Bebe en su vaso, ya preparado antes.)

Voy a fumar yo también.

(Lía un cigarrillo)

Te advierto que esta picadura es buena, aunque barata. La fuma mucha gente de postín. ¡Me quedé sin cerillas!

(Sonríe)

¡Quise ser galante!

JUAN.-

Toma mi encendedor.

(Pedro enciende su pitillo)

PEDRO.- ¿No se te antoja que tarda?

JUAN.- Espera, Voy a ver.

(Llega hasta la cortina de la
puerta del segundo término iz-
quierda y la levanta un poco.

Ya sala. (A Ramón, que le sorprende miran-
do.

Nos pareció que tardabas.

RAMON.- Es que un recadito como el de éste, no
se dá en un segundo.

PEDRO.- ¿Y lo has dado?

RAMON.- A medias. Dice que... por qué te llamas
Pedro. Que es un nombre muy feo.

PEDRO.- ¿Eh?

RAMON.- Eso dice ella.

PEDRO.- ¿Que es feo mi nombre?

(A Juan)

¿Tú crees que Pedro es un nombre feo?

JUAN.- Yo, no. Nombre del primer apóstol. Y de
Corneille; iy de Calderón de la Barca!

PEDRO.- ¡Eso digo yo!

RAMON.- Sí. Pues ella agrega que le parece nom-
bre de sereno.

PEDRO.- ¿De sereno?... ¡De sereno, yo! Mira, mira.
Ella sí que debe de tener un nombre...
iy está abusando de nuestra paciencia!.

¡De la mía al menos!

(Con nueva transición)

¿Te ha dicho más?

RAMON.- Que se va a arreglar ahora mismo y que va a utilizar, con tu permiso, tu lavabo.

PEDRO.- ¿Mi lava...?

RAMON.- Sí. El tuyo. El que está allí. Le he dicho que por tí, no hay inconveniente. Se lo he preparado ya.

PEDRO.- ¡Es el colmo!

RAMON.- Si quieres, se lo prohíbo.

PEDRO.- Pero, ¿qué voy a hacer más que aguantarme?

JUAN.- Lo malo es la toalla.

PEDRO.- Sí. Me la va a manchar de pintura.

JUAN.- No. Que la tendrás sucia, de toda la semana.

PEDRO.- ¡Cierto! ¿Qué pensará... de nosotros?

JUAN.- Sobre todo de tí, de Pedro.

RAMON.- No hay cuidado. Porque he abierto tu armario y he sacado una limpia.

PEDRO.- Gracias, Ramón. Lo malo es que ahora me va a curiosear todo el armario.

RAMON.- Lo he cerrado y aquí tienes la llave.

PEDRO.- ¿Te has atrevido?

RAMON.- Me lo ha dicho ella.

PEDRO.- ¿Y de mi encargo?...

RAMON.- Ahora. En cuanto se arregle. Me ha prometido que, en cuánto esté visible, dará dos golpes en la pared.

JUAN.- ¿Y entonces?...

RAMON.- Entonces, le diré que se vaya. ¿Cómo iba a marcharse sin estar arreglada?

JUAN.- Eso es verdad.

PEDRO.- ¿Cómo no te ha explicado quién es, a qué viene, qué hace en esta casa, que pretende de nosotros, qué quiere de mí?

RAMON.- Me ha respondido únicamente que ese es su secreto y que sólo a ti puede explicárselo.

JUAN.- ¿A tí, Pedro?

PEDRO.- Pues se va a quedar con las ganas. Me tiene sin cuidado que esa señorita sea guapa, lieta, simpática... ¿No es simpática también?

RAMON.- ¡Un rato largo!

PEDRO.- ¡Simpática, aventurera, loca o desgraciada! Lo evidente es que yo no tengo nada que ver con ella; que se ha presentado aquí de un modo incorrecto y que yo no la recibo porque no me cuadra reci-

birla, ¡no me cuadra!

JUAN.- ¡Será lo primero que no te cuadre en la vida!

PEDRO.- ¡Que tiene un secreto!... ¿Y a mí, qué? ¡Como si tiene dos!

(Suenan dentro dos golpes en la pared.)

RAMON.- ¡Dos! Los golpes convenidos. Eso es que me llama. ¿No la recibes definitivamente?

PEDRO.- ¡No! Le suplicas que se vaya, que nos deje en paz, ¡que no se acuerde más de nosotros! Y, por la puerta que dá al pasillo, te la llevas.

RAMON.- Pero yo, ¿vuelvo?

PEDRO.- ¡Allá tú! (Ramón entra de nuevo en el cuarto de Pedro.)

¡Y a ver si comemos por fin!

(Llamando hacia la derecha)

¡Señora Patro! Esa sopa, por favor, ¡que ya es tarde!

JUAN.- ¡Lo que perturba una mujer aunque no sea la propia!

PEDRO.- ¡Ni el tabaco me sabe!

(Tira la colilla al suelo)

¡Hasta sucio me he vuelto!

(La recoge y, cuidadosamente, la coloca en un cenicero sobre la mesita.)

PATRO.- (Por la derecha)

¿Se fué ya?

PEDRO.- No. Pero se va ahora mismo.

PATRO.- ¿Quién ha hecho er milagro?

JUAN.- El señorito Ramón.

PATRO.- Ese tenía que ser. Er Benjamín de la casa.

(Señalando a la primera izquier-
(da.

Por ahí vuelve.

PEDRO.- (Viendo aparecer, por donde Pa-
(tro ha indicado a Ramón.

¿Ya la has despedido?

RAMON.- No. Todavía está en tu cuarto. La indi-
caba el camino de la calle...

PEDRO.- Pero... ¿se va?

RAMON.- Se está quitando eso que las mujeres lla-
man sombrero y que acababa de ponerse.

JUAN.- ¿Que se lo quita?

PEDRO.- ¿Que se lo está quitando?

RAMON.- Es que ha cambiado de opinión y me en-
carga que te diga... ¡que se queda a co-
mer con nosotros!

PEDRO.- ¡De ninguna manera! ¡Conmigo, no!

(Va a la percha y coge su boi-
(na.

JUAN.- Y tú, ¿no le has contestado nada?

RAMON.- ¡Desde luego! La he respondido que, por mí, no había inconveniente. Ahora, si vosotros no queréis...

PEDRO.- ¡Que coma! ¡Que coma hasta hartarse! ¡Hasta que le dé una indigestión que reviente! Pero, ¿tú le has explicado que no tenemos más que cocido?

RAMON.- Pues por eso se queda. Es madrileña y le gusta el sabor del cocido y el quite de la mariposa de Marcial.

PEDRO.- (A la señora Patro)

¿Estás oyendo? La vecinita, se queda a comer cocido.

PATRO.- Haremos, si les parese una miaja de ensaladiya para abrir boca.

JUAN.- ¿Hay de esas cosas en casa?

PATRO.- ¡Digo! ¡Lo quitamos de la sena!

PEDRO.- ¡Hecho! Y pon un cubierto más... a mi derecha. ¡Cómo me iba yo a figurar!... Ni traje tengo para una comida así.

(Mirándose mangas y pantalones y estirándose la americana.)

(La señora Patro hizo mutis oportunamente por la derecha y, en momento oportuno, pondrá nuevo plato en la mesa.)

RAMON.- Si quieres una americana mía...

PEDRO.- Me estará corta. Déjalo. ¡Tampoco es un pecado vestir modestamente!

JUAN.- Lo que sí debemos es lavarnos las manos.

PEDRO.- Es verdad. ¿En vuestro cuarto?

JUAN.- Allí tienes de todo.

PEDRO.- Gracias. (Sin abandonar la boina, se dirige a la puerta de la derecha. Cuando va a llegar a ella, (suena dentro, por la izquierda, la misma voz de antes que, (en este momento, canta. Pedro (se queda como petrificado (hasta que se indique.

VOZ DE MUJER.- (Dentro)

"Caballero del alto plumero:

¿Dónde camina

tan pinturero?

Los caminos que van a la gloria

son para andarlos

con parsimonia".

JUAN.- (Durante el canto)

¿Es ella?

RAMON.- (Id)

¡Claro!

PEDRO.- (Id.)

¿Qué quiere esto decir?

(Cuando acaba el canto)

¿Y ahora, quién le contesta?

JUAN.- ¡Pedro!

PEDRO.- Vosotros, ¿sabéis música?

JUAN.- No.

RAMON.- Yo, tampoco.

PEDRO.- ¿Ni siquiera entonar un poco?

(Ante una negativa de ellos, con
la cabeza.

¡No queda más que hacer el ridículo!

(Desaparece por la derecha)

RAMON.-

(Confidencial, a Juan)

Te advierto que no se llama como ha dicho la portera.

JUAN.- ¿Cómo lo sabes?

RAMON.- Porque la pregunté: "¿Es usted Argentina?". Y me contestó: "Soy madrileña y me gustan..."

JUAN.- Sí; el cocido y Marcial Lalanda.

RAMON.- ¡Y la verbena de San Antonio!

JUAN.- Entonces, ¿es Gloria?

RAMON.- ¡Gloria pura!

JUAN.- Voy a lavarme también. ¿Vienes?

RAMON.- Me lavé al salir de la Escuela.

JUAN.- ¡Se pone uno las manos!

(En el momento de ir Juan a
hacer mutis por la derecha,

(vuelve a sonar la voz femeni-
(na dentro.

VOZ DE MUJER.- (Como antes)

"Caballero del alto plumero,
¿dónde camina
tan pinturero?
Los caminos que van a la gloria
son para andarlos
con parsimonia."

JUAN.- (En cuanto empieza el canto
(se detiene, pero reacciona y
(dice:

¿También conmigo? ¿Más guasita?... ¡A
mí, no, hombre! Yo ya estoy de vuelta.

(Y hace mutis sin esperar a que
(el canto termine.

RAMON.- (Sentado en un sillón, oyendo
(el canto.

¡A la gloria! Por algo lo dice. Voy a
sorprenderla.

(Se levanta en el instante en
(que, por la derecha, vuelve
Pedro, siempre con la boina en
(la mano.

PEDRO.- Ramón. ¿Tú no eres capaz de tararear al-
go?

RAMON.- ¡En mi vida!

VOZ DE HOMBRE. (Dentro, procedente del patio)

"Señorita que riega la albahaca,
 ¿cuántas hojitas
 tiene la mata?
 Me parece que pasan de ciento
 como las plumas
 de mi plumero".

PEDRO.- (Al comenzar el nuevo canto)

¡Vamos! ¡Por una vez nos ha servido el
 cupletero!

RAMON.- Para ponernos más en ridículo.

(Quedan callados, oyendo la
 segunda parte de la estro-
 fa. Al decir la voz: "Como
 las plumas de mi plumero"...
 Pedro se dá cuenta de que tie-
 ne entre sus manos la boina,
 (y la arroja violentamente so-
 bre la turca.

PEDRO.- ¡De mi plumero!

(Suena en el patio un gran es-
 cándalo de risas.

PATRO.- (Saliendo, por la derecha, con
 una fuente de ensaladilla.

¡Ea! ¡A comer! que es la grasia de Dios!

JUAN.- (Saliendo tras ella)

¡A ver si Dios quiere de una vez!

RAMON.- ¿Estamos ya todos?

PEDRO.- Todos menos ella. Puedes invitarla en
 nuestro nombre.

RAMON.- ¡Con mil amores!

(Va a la puerta del segundo término de la izquierda, levanta por completo la cortina y dice con voz entonada, dirigiéndose hacia el interior del cuarto:

¡Señorita! En representación de los tres amigos que ocupamos esta casa, tengo el gusto de invitar...

(Hace una reverencia, como contestando a otra que se le ha hecho.

... De invitar a usted...

(Nueva reverencia)

¡Pero, oiga! ¡Señorita!

(Volviéndose rápido hacia Pedro y Juan, que están en primer término.

Que se va. ¡Que se marcha!

JUAN.- ¿Por dónde?

RAMON.- ¡Señorita!

(A sus amigos)

¡Por ahí! (Señalando a la primera izquierda.

JUAN.- (Desde esa puerta)

¡Señorita Gloria!

PATRO.- (Que está detrás de ellos)

¡Señorita Argentina!

PEDRO.- (Que se supone acaba de verla,
(de pronto.

¡Blanca! ¡Es Blanca!

(Se oye un portazo. Ramon ha-
(ce mutis rápido tras ella.

JUAN.- ¿La cojo por la escalera?

PEDRO.- ¡No! Vosotros, quietos. ¿Por qué no me
dijisteis? ¡Es Blanca! Pero, ¡si no es
posible! ¡Si no puede ser!

(Acude a la ventana y mira an-
(helante desde allí.

¡Y es ella! ¿Lo habéis comprendido?

¡¡Ella!!

RAMON.- (Volviendo)

Me ha prometido que, dentro de ocho
días, vendrá a almorzar con nosotros.

PEDRO.- (Volviendo a su voz serena y
(autoritaria.

Mañana mismo nos mudamos de casa. ¡Vamos
a comer!

(Los tres se sientan a la me-
(sa, dejando vacío, de respe-
(to, el sillón preparado pa-
(ra la invitada.

PATRO.- (Filosóficamente, sirviendo.

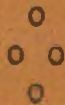
¡La ensaladiya!

T E L O M

CARMEN MORENO
COPISTA TEATRAL
MURCIA, 26, 1.º B
MADRID

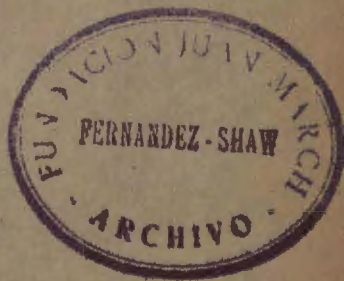
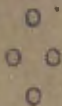
"TRES SOLTEROS INOCENTES"

ACTO SEGUNDO.



"TRES SOLTEROS INOCENTES"

ACTO SEGUNDO.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

" TRES SOLTEROS INOCENTES "

ACTO SEGUNDO.

El mismo lugar de acción del acto primero. Hay, sin embargo, en la estancia, algunas modificaciones. El "bureau" está ahora cerrado y adosado a la pared del fondo, o sea bajo la cristalada. En el sitio que antes ocupaba, entre las dos puertas del lateral de la izquierda, hay un piano vertical. Sobre él, un cacharro de loza para flores, vacío. Otro igual, encima de la mesa grande; y dos floreros más en el "bureau". La máquina, tapada, a los piés de la turca. Del muro donde antes se hallaba, ha desaparecido el cartel de "Las visitas cortas, etc". En el almanaque la hoja marca el día 8. Sobre la mesa pequeña, un teléfono.

(Sentado en una silla, ante el piano, ha terminado de tocar una pieza ligera el MAESTRO (CESPEDES. Se supone que él mismo la ha cantado. A ser posible, el público ha escuchado, antes de levantarse el telón, todo el número, que ha de

(ser muy breve y de melodía fácil. Cuando la cortina se alza aparece CESPEDES sonriendo y correspondiendo a las amables alabanzas de RAMON, que ha escuchado la canción de pie, detrás del maestro, y le dá cariñosas palmaditas en la espalda.

RAMON.- ¡Muy bonito! ¡Muy bonito, maestro! ¡Es una música tan fácil! Le aseguro que hacía tiempo que no oía música tan graciosa.

CESPE.- ¡Pero hombre! Si raro es el día que no lo tocamos ahí, en la Academia, ocho o diez veces.

RAMON.- Bueno; no es extraño. Yo, enfrascado en mis estudios, ni me doy cuenta de lo que oigo. ¡Cuando lance usted esta canción, será un éxito, ya lo verá!

CESPE.- (Riendo)

¡Es ya popularísima en Madrid!

RAMON.- (Avergonzado)

¡Oh! Perdone.

CESPE.- No es extraño. Usted, distraído con sus libros y con sus lápices, vive un mundo envidiable. ¡Dichosos ustedes que han sabido hacerse una vida distinta a todo este "maremagnum" en que nosotros nos debatimos.

RAMON.- ¿Más felices nos cree?

CESPE.-

¡Pero, hombre!... Yo miro desde mi ventana este cuarto como el caminante del desierto vé un oasis de sombra y frescura. Una existencia sin sobresaltos sin preocupaciones... Todo calculado, todo previsto... Lo que no me explico, -ise lo digo a usted sinceramente- es la intromisión abominable de un piano en sitio tan poco adecuado para él.

RAMON.-

Todo tiene su explicación. Y usted perdonará que yo me haya tomado la libertad de importunarle con el deseo de que viera si estaba en condiciones. ¡Como ninguno de los tres tocamos el piano ni conocemos una nota de música!

CESPE.-

Eso es lo sorprendente y, al mismo tiempo, lo peligroso. Porque, si usted fuera pianista, todo se reducía a que de cuando en cuando, para descansar la cabeza fatigada por el estudio, dejara volar un poco la fantasía sobre las teclas.

RAMON.-

(Sincero)

Ese sería el ideal.

CESPE.-

Pero, ignorando los tres la más ligera

noción de solfeo, se hallan en el riesgo de que sea otra persona la que venga a tocar el pianito...

RAMON.- Mucho odia usted el instrumento.

CESPE.- ¡Como que tengo cuatro pianos en casa! Son, como yo digo, ¡las cuatro patas en que me sostengo! Pero, ¡qué patas! Este que han alquilado ustedes suena bastante bien y, durante algún tiempo, no les dará disgustos. Pero, los míos... ¡los míos son algo grande!

RAMON.- Llevan mucho trabajo, por lo visto...

CESPE.- ¡Pues, no han de llevar si no paran por las tardes ni por las noches! Y los muy... ladinos se vengan desentendiéndose constantemente y haciendo que mis nervios salten lo mismo que sus cuerdas.

RAMON.- Pero les tiene que estar agradecido.

CESPE.- Agradecido, sí, porque me ayudan a vivir. Lo mismo que me ayudan todas esas chicas que vienen a aprender a la Academia y pasean luego por España mis canciones; pero... ¡y los disgustos que dñ!

RAMON.- De todos modos, tiene usted que vivir encantado entre ellas. ¡Le tendrán tanto cariño!...

CESPE.- ¡No, hijo! Nada de eso. Para una que sale agradecida, muchas no vuelven a acordarse del santo de mi nombre.

RAMON.- Y ¿cuál es el santo de su nombre?

CESPE.- San Esclaramundo.

RAMON.- Convengamos en que no es fácil de recordar

CESPE.- Recientemente, una alumna mía tuvo un éxito clamoroso con una zarzuela que escribí expresamente para ella; pues, desde entonces, un par de días ha venido a verme y, eso, por compromiso. Muy desagradecidas, ¡créame usted?

(Se levanta)

RAMON.- Pero, nosotros, no. Nosotros estimamos en todo lo que vale esta atención de usted y tendremos mucho gusto en que luego, de sobremesa, venga a tomar en nuestra compañía una copa de champagne; y, no le digo más de una, porque no hemos comprado más que una botella.

CESPE.- Vendré, desde luego; pero antes me permitirán que les mande otras cuatro o cinco

botellas que tengo en casa.

RAMON.- ¡No, señor! ¡De ningún modo! Eso sería un abuso.

CESPE.- ¿No vé que ahora nos sobran? ¡No vale la pena! La zarzuelita está dando dinero.

RAMON.- Pero... ¿y si luego las necesitan?

CESPE.- Compramos otras.

RAMON.- Y... ¿si no tienen dinero?

CESPE.- ¡Ah! Pues... ¡entonces se lo pedimos a ustedes! (Ríe)

Pero, no se preocupen: estamos en plena abundancia. Ahora, nosotros los cupleteros y los del otro estudio, los pintores, vogamos con viento en popa. Y, mientras que llega un nuevo naufragio...

RAMON.- ¡Quién piensa en eso!

CESPE.- ¡Estamos acostumbrados! Y eso, que, ahora, me llevo de aquí una preocupación que no tenía. Ustedes eran antes, sin saberlo, nuestra futura tabla de salvación.

RAMON.- ¿Cómo?

CESPE.- Sí. La de los náufragos. Pero mucho me temo que ya no puedan ser ni una miserable astilla.

RAMON.- ¿Tanto hemos decrecido en su estimación?

CESPE.- ¡No, hijo! Es que han metido en casa un piano ¡y eso es tan peligroso como meter en casa una mujer!

RAMON.- ¡Maestro!

CESPE.- Yo me entiendo, pollo, yo me entiendo.

(Ya en la puerta del primer término izquierda.)

Luego les enviaré las botellitas.

(Hace mutis, seguido de Ramón.)

PEDRO.-

(Sale de su cuarto, o sea por la segunda puerta de la izquierda. Está mucho más arreglado que en el primer acto y viste un traje recién comprado. Va al piano, que ha quedado abierto, y, con un dedo, toca unas cuantas notas hasta que vuelva Ramón por donde se fué.)

Si, por lo menos, supiera cuál es el dó y cuál es el ré.

RAMON.- Muy amable el vecino.

PEDRO.- Ya le he escuchado; aunque un tanto divino y casi profeta.

RAMON.- ¿Vuelves al pesimismo?

PEDRO.- ¡No! Ya sabes que soy hombre de reflexión y de resoluciones y que ahora tengo mi decisión tomada. Quiero que el almuerzo de hoy sea de gran fiesta. Si viene esa mujer como prometió, con ella. Si no viene, como

creo, porque habremos salido de dudas y podremos reintegrarnos a nuestras vidas ¿Te acordaste de pedir el hielo?

RAMON.- No hace calor.

PEDRO.- Yo recuerdo que a ella le gustaban las flores, la música y el agua fresca y no quiero que carezca de esas satisfacciones. ¿Tienes el número de la pescadería?

(Va a la mesa pequeña donde está el teléfono.)

RAMON.- 41563. (Lo lee en un cuadernito.)

PEDRO.- (Haciendo funcionar el aparato)

Cuatro... uno... cinco... ¿Qué más?

RAMON.- Seis... tres...

PEDRO.- (A Ramon mientras que espera la comunicación.)

Bastará media barra...

RAMON.- ¡Claro!

PEDRO.- (Al teléfono)

¿Es la pescadería de Augusto Figueroa?

¿Pueden enviar media barra de hielo?...

Sí. Muy cerca. Al Pasaje de la Alhambra, veinte. Atico letra D. ¡No! Ce, no. ¡Letra D! ¡De! ¡D de Doroteo!... ¡Eso es!...

¡Gracias! (Deja el aparato)

¿Y la señora Patro?

RAMON.- Ajetreada en la cocina. Dice que la ha cogido ésto de sorpresa; que jamás creyó que preparáras el almuerzo de hoy. ¡Como parecía que te habías olvidado de todo!...

PEDRO.- Y tú, ¿qué creías? ¡Con sinceridad!

RAMON.- ¡Hombre! Yo... Después del primer momento de exaltación, reaccionaste tanto. -y no volviste a hablar ni una palabra de esa mujer ni de ninguna,- que, francamente, Juan y yo creímos también que te habías olvidado

PEDRO.- ¡Qué poco me conocéis los dos! ¿No visteis que puse el teléfono?

RAMON.- Eso lo interpretamos como síntoma... de que no nos mudábamos.

PEDRO.- ¿No me habéis oído celebrar conferencias con provincias?

RAMON.- Creí que eran para asuntos de la casa exportadora, cuyas cuentas llevas.

PEDRO.- A la Casa, no he ido más que por las tardes en toda la semana.

RAMON.- ¿Y... por las mañanas?

PEDRO.- Sin cesar buscando lo que me obsesiona; y sin cesar, fracasando en mis gestiones. ¿No me notásteis nada, verdad?

RAMON.- Nada.

PEDRO.- Eso quería. ¿No dijo la señora Patro que

esa mujer era hija de la viuda del siete?

(Afirmación de Ramón con la cabeza.)

Pues en el siete no hay más viuda que una pobre chica con dos críos que no levantan tres palmos del suelo.

RAMON.- Eso ya lo sabíamos. La señora Patro ha procurado enterarse de todo.

PEDRO.- Nada me ha dicho.

RAMON.- Pero, ¿tú has preguntado a nadie?

(Llamando hacia la derecha)

¡Señora Patro! ¡Un momento!

(A Pedro)

Que te diga, al menos, lo que sepa.

PEDRO.- Me conformaré con que no me enloquezca más

RAMON.- Si no quieres...

PEDRO.- No, déjalo. (A Patro, que aparece por la derecha.)

¿Tú averiguaste algo de la viuda del siete?

PATRO.- ¿Cómo algo? Si digo tó lo que sé, no al-
muerzan ustés hoy, porque no arremato la comía.

PEDRO.- Sólo me importa lo fundamental.

PATRO.- Pues verá usté. La viuda del siete... ¡se murió!

PEDRO.- ¡Exacto! Hace más de un año.

PATRO.- ¡Ay! ¿Cómo lo sabe usté?

PEDRO.- Por la misma persona que tú: la portera.
Sigue.

PATRO.- Yo debí figurármelo. Porque hacía algunos meses que no veía a la señorita Argentina. Y si la hubiera visto vestidita de luto, la hubiese preguntao y con seguridá que la hubiera acompañao en el sentimiento.

PEDRO.- Sigue.

PATRO.- Pero, no. La última vé que vino no estaba de luto. Estaba que parecía un só de reteguapísima.

PADRO.- ¿Cuánto tiempo hace?

PATRO.- ¡Uy! ¡Yo qué sé! Yo diría que hase un par de meses; pero, por lo visto, hase un año. ¡Como er tiempo pasa de este modo! A mí, se me ha pasao er año como si fuera una semana.

PEDRO.- Y a mí se me ha pasado esta semana, que me ha parecido un siglo. Sigue.

PATRO.- Pos... antes de morirse, la viuda der siete se mudó.

PEDRO.- ¿Adónde?

PATRO.-

(Como antes)

¡Uy! ¡Yo qué sé! Eso no lo sabe la señá

Dolores. Pero ná malo, -aparte la muerte de su madre, ¡Dios me perdone!,- debió de ocurrirle a su hija, porque ya vió usté el otro día lo bien plantá que se conserva.

RAMON.-

(Que ha permanecido hasta ahora
(mudo, pendiente de la conver-
(sación.

Eso, ¡desde luego! ¡Dímelo a mí!

PATRO.- Sé que, cuando vivía por aquí, la cortejaban muchos galanes y a ninguno hasía cara.

PEDRO.- ¿Qué más?

PATRO.- Que, después de mudarse, resibieron madre e hija muchas cartas, que la señá Dolores no pudo enviar por no tener las señas.

PEDRO.- ¿Qué más?

PATRO.- Que un día vino un botones a buscarlas y dijo...

PEDRO.-

(Impaciente)

¿Qué más?

PATRO.- ¡Uy! Pero si no me deja usté resoyá.

PEDRO.- Si todo lo que cuentas me lo sé de memoria. ¡Sí, de todo lo que quería saber, no dices una palabra! Si todo ésto es lo que yo sé desde el primer día, ¡y poco más de ésto lo que, desde entonces, conseguí averiguar!

PATRO.- Pos, ¿qué sabe usté?

PEDRO.- ¿Cómo se llamaba la viuda del siete?

PATRO.- ¡Uy! ¡Yo qué sé! ¿También era presiso?

PEDRO.- La señora viuda de Cisneros. ¿Quién es Argentina Cisneros?

RAMON.- Su hija.

PATRO.- Eso es claro: su hija.

PEDRO.- Argentina Cisneros es una tiple ya famosa en Madrid, a la que ninguno de nosotros conocemos porque vivimos apartados del bullicio del mundo. Y como tú, aunque portera, no lees ni siquiera periódicos...

PATRO.- Desde que no traen susesos, no me yaman la atención.

PEDRO.- ...no hemos sabido que tuvo recientemente un triunfo clamoroso.

RAMON.- Pues entonces, si sabes quien es, ¿tan difícil te ha sido averiguar sus señas?

PEDRO.- En el teatro donde trabajó, últimamente, -en la Zarzuela-, me indicaron una pensión y en la pensión me dicen que marchó de Madrid a hacer unos bolos.

PATRO.- ¿Y eso, qué es?

PEDRO.- No sé. Unos bolos son... esos con que juegan los niños. No creo yo que las tiples

de los teatros, para cantar, ¡tengan que fabricar palitos de madera!

RAMON.- Pues, si está fuera de Madrid, hoy vendrá, y hoy saldremos de dudas.

PEDRO.- Hace un rato, cuando hablabas con el maestro Céspedes, he estado a punto de salir y de preguntarle por ella. El la tiene que conocer; pero me he contenido, porque acaso me diría más de lo que yo quisiera indagar, y he resuelto que el almuerzo de hoy, sea, como os dije ayer, de gran festejo.

PATRO.- El almuerzo, si seguimos hablando, no lo acabo yo ni a la de tres.

RAMON.- Yo te llamaré, si te necesitamos.

PATRO.- Pa luego es tarde.

(Hace mutis por la derecha)

RAMON.- Sabías mucho más de lo que yo creía.

PEDRO.- Y ¿de qué me sirve si luego Argentina no es ella? (Suena el timbre de la puerta)

¿Se presentará ya aquí?

(Ramón acude a abrir)

No puede ser. ¡No puede ser! Y, sin embargo, es ella.

RAMON.- (Por la primera izquierda)

¡Es Juan!

PEDRO.- (En lo suyo)

¡Es ella!

RAMON.- ¡Si lo sabré yo!

(Sale, tras Ramón, su compañe-
(ro JUAN, portador de un volu-
(minoso ramo de flores.

JUAN.- Jamás creí que las flores fueran tan caras.

PEDRO.- (Saliendo de su ensimismamiento

¡Ah! Es verdad... ¡Las flores! ¿Son rosas?
Le gustan mucho las rosas.

JUAN.- Rosas tempranas con escolta de lilas. Y
algunos helechos para rellenar. ¡Veinte
pesetas!

PEDRO.- ¿Lo has apuntado?

JUAN.- Sí. Pero, ¿no te parece carísimo?

PEDRO.- En este momento, para mí, el dinero carece de valor.

RAMON.- Ya tienen agua los floreros. ¿Cómo las colocamos?

PEDRO.- No sé. En un lado las rosas y en otro las lilas, digo yo.

(Van poniendo las flores en los
(distintos cacharros y floreros

RAMON.- Y, en otro, los helechos.

JUAN.- ¡Hombre, no! Que me han dicho que son para rellenar.

PEDRO.- El caso es producir un efecto; que vea que

me he acordado de sus gustos. Ya las colocará ella a su manera.

(Cogiendo un florero del "bureau").

Este tiene poca agua.

(Se va a su cuarto)

JUAN.-

(En voz baja a Ramón)

¿Sabe ya si viene?

RAMON.- No. Sabe que Argentina es una tiple.

JUAN.- ¿Una tiple?

RAMON.- La Cisneros. ¿No te suena?

JUAN.- A mí no me suena más que el Cardenal, dicho sea con el debido respeto.

PEDRO.-

(Que sale de su cuarto, con el florero que se llevó.)

Con ésto, ya creo que queda completo. ¡No nos falta más que... la invitada!

JUAN.- ¿Y si no viene?

PEDRO.- ¡Oh! Entonces es que esa señorita nos quiso gastar una broma, que yo me aluciné creyendo que era otra y que podremos volver a vivir tranquilos, gracias a Dios.

RAMON.- ¿Y por qué va a ser alucinación tuya?

JUAN.- Lo mismo pienso yo. Si tú reconociste a esa mujer el otro día y ella prometió volver, ¿qué de particular tiene que ven-

ga?

PEDRO.- Porque Blanca; ya sabéis que se llama Blanca... ca...

RAMON.- Blanca o Argentina, es igual.

PEDRO.- No. La que yo espero, la que yo busco, -mejor dicho, la que no puedo esperar ni buscar,- se llamaba Blanca.

JUAN.- ¿Se... llamaba?

PEDRO.- Sí. Porque Blanca,..murió hace ya varios años.

RAMON.- Y, sin embargo, el otro día, ¿la has visto?

PEDRO.- Creo que la he visto. Pero, no sé. ¡Es para volverse loco!

JUAN.- ¿Por qué no te expansionas? Tú tienes un gran dolor, acaso una tragedia dentro de tu pecho, y no nos crees lo bastante amigos para confiarte a nosotros.

PEDRO.- Tienes razón. Esta resistencia mía a la confianza; este temor a la cordialidad, tienen la culpa; pero vosotros sabéis, que, en el fondo, no soy malo y que ahora, como un niño, os entrego mi alma desolada.

RAMON.- ¿Tú conociste a Blanca?...

PEDRO.- En Tordesillas: ¿No conocéis vosotros Tordesillas? Tordesillas es un pueblo castellano, que se mira en un río eternamente.

Allí preparaba yo mi carrera de profesor mercantil.

(Sonríe)

Ya ayudaba a llevar las cuentas en un comercio y ya enviaba una cantidad a mis padres, labradores en Matapozuelos.

JUAN.- ¿Y en Tordesillas?...

PEDRO.- Allí conocí a Blanca Hinojosa, hija del Registrador de la Propiedad, hermosa como un amanecer, suma y compendio de todas las bellezas imaginables. A mí, al menos, me lo parecía.

RAMON.- ¿Te enamoraste de ella?

PEDRO.- Me enamoré con toda la violencia de mi carácter, que se estrelló contra toda la fuerza de su desdén.

JUAN.- Bella, joven, y desdeñosa... ¡Pobre Pedro!

PEDRO.- No. ¡Pobre Pedro, no! porque yo supe vencer su resistencia; yo conseguí imponer mi cariño y ella terminó por aceptar unas relaciones que forzosamente tenían que ser largas hasta que yo asegurase mi porvenir.

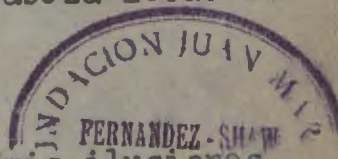
JUAN.- ¿Blanca, entonces, te quiso?

PEDRO.- Mucho. A su modo, porque su carácter contrastaba abiertamente con el mío. Frente a mi rudeza, su feminidad; junto a mi con-

cepto serio y ordenado de la vida, su alegría sin límites, su innata coquetería. Yo hablaba de números y de deberes; y ella de flores y de caprichos. A mis juicios, oponía sus ensueños y a mis argumentos, sus canciones. Pero de esa misma oposición de temperamentos, de ese continuo contraste, nació un amor sin límites en el que ambos encontrábamos aquello que recíprocamente nos faltaba. Creo que Blanca llegó a quererme cuanto eran capaces de querer aquel corazón de oro y aquella cabeza loca. En cuanto a mí...

RAMON.- Me lo figuro, Pedro.

PEDRO.- Yo abrí el libro mayor de mis ilusiones ante el cariño de mi adorada. Ella me hacía sufrir mucho, os lo confieso. Pero, ¡eran tantas las compensaciones! Aprendí a conocer en Blanca todo lo inquieto y lo frívolo de un alma femenina; renegué más de un día de un amor que me apartaba del estudio, llenándome de celos y de angustias; intenté más de una vez alejarme de ella; pero siempre en vano. De cada crisis sentimental mía, salía Blanca más victoriosa y más divinizada que nunca.



Porque, al lado de sus defectos, -su dé-
ficit como ella me decía, burlándose-, era
tal el superavit de sus grandes cualidades
de mujer, que yo terminaba por claudicar
en todas mis ansias de dominio y me esclavizaba a ella gozándome en mi esclavitud.

JUAN.- ¿Y hubieras sido un hombre feliz?

PEDRO.- Seguramente, sí. Porque Blanca era única, Reunía en su alma todas las debilidades de la mujer y todas las generosidades del verdadero amor. Hubiéramos sido muy dichosos. Dios, por lo visto, no lo quiso así.

JUAN.- ¿Rompisteis las relaciones?

PEDRO.- Jamás. Yo no hubiera podido. Vine un día a Madrid a preparar mis exámenes en la Escuela de Comercio. Marchó ella con sus padrea a Valladolid a pasar una temporada. Nos escribíamos. ¡Qué cartas las de ella! Aún guardo algunas, que he leído millares de veces. Me decía "mal genio"; me llamaba "Don Multiplicando"... ¡Qué se yo! No pudo ser tanta felicidad.

RAMON.- ¿No la volviste a ver?

PEDRO.- Un día, estando todavía en Madrid, el cartero me trajo una carta con sobre de luto.

Era de su padre. El pobre señor, con el alma desgarrada, me daba cuenta de la desgracia.

JUAN.- ¿De repente?

PEDRO.- Apenas si me lo quisieron explicar. Un tífus, al parecer. Unos días con fiebres altas y luego... ¡Si en el delirio, al menos me hubiese nombrado!...

RAMON.- ¿No te contaron?

PEDRO.- Sí. Luego, en Tordesillas, ví a los pobres padres. Ni a hablar acertaban. La hija había muerto en un Sanatorio. Juntos la lloremos y juntos asistimos a los funerales, que yo costé. Desde entonces formé el propósito de no volver a enamorarme, de no volver a mirar a la cara de ninguna mujer.

JUAN.-

(A Ramón)

¿Lo ves, Ramón?

PEDRO.- Porque en Blanca conocí todas las perversidades del alma femenina; pero también todo aquel caudal de compensaciones indefinible que en ella tenía, y que es imposible que lo atesore otro pecho de mujer. Adquirí un santo temor a todo lo efímero, a todo lo frívolo, a todo lo seductor. No vi en las mujeres más que la estampa de la men-

tira o la fragilidad y me refugié en los números. Los números no engañan ni se mueren. Perdúran como perdúra la verdad.

RAMON.- Esa es tu historia.

PEDRO.- Era mi historia. Con ella vivía resignado y ya sereno y tranquilo. Vosotros me habéis visto. Pero también comprenderéis mi perplejidad, mi angustia, de ahora. Si yo no tuve el otro día una alucinación y Blanca vive, Blanca no es la mujer que yo os he contado, ni era verdad su cariño hacia mí, ni merece ese altar que yo elevé a su memoria, ni las oraciones que a diario le consagrara. ¿Qué ha sido de ella? ¿Qué misterio hubo en su fingida muerte? Y me horrorizo al pensar que deseo con toda mi alma que se muriera de verdad y, al mismo tiempo temo morirme de desesperación si no la vuelvo a ver, dentro de una hora, entre nosotros.

RAMON.- ¿Y sus padres?

PEDRO.- He hablado por teléfono con amigos de Tordesillas. Allí lo único que saben es que el padre no pudo sobrellevar su desgracia y no tardó en unirse, -isabe Dios si en unirse!- con su hija. La madre, la se-

ra Viuda de Hinojosa, marchó a Valladolid y acaso luego, -si es que su hija no murió-, fué la que, en realidad no tardara en unirse con Blanca. Pero todo ésto no son más que conjeturas. ¡Eternas conjeturas.

(Suena el timbre del teléfono)

JUAN.- Yo contestaré. Será mi oficina; que me excusé de ir por enfermo.

(Toma el auricular)

Sí. ¿Cómo dice?. El Pasaje, sí señorita... ¡El mismo! ¿Cómo? Perdone, señorita. ¡Su nombre! ¡Repita el nombre, por favor!

PEDRO.- ¿Quién?

RAMON.- ¡Habla!

JUAN.- (Al teléfono)

¡Gracias! ¡Espere un momento!

(A sus amigos, tapando con la mano la bocina del teléfono.)

Es... Dice que es... Gloria Olmedo.

RAMON.- ¿Gloria en persona?

PEDRO.- ¿Y a mí qué me importa Gloria Olmedo?

JUAN.- De Gloria eran las tarjetas que esa mujer traía.

PEDRO.- Dile que en donde nos espera, que iremos a buscarla.

JUAN.- (Al teléfono)

¿Señorita?... ¿Dónde se halla usted? Nosotros tendríamos mucho gusto en ir... ¿Cómo?... ¡Ah! ¿Tiene que ser que venga usted aquí?... Encantados... ¿Que si la esperamos? ¡Pues claro que la esperamos! La esperamos desde hace ocho días... ¿Cómo? Bien. Perfectamente bien... Hasta ahora mismo, señorita. A los piés de usted.

(Deja el aparato)

Que dentro de cinco minutos está aquí.

RAMON.- ¿Para almorzar?

JUAN.- ¡Hombre! Supongo que sí. Ha preguntado que si la esperábamos?

PEDRO.- Luego Blanca vive, y vá a venir.

RAMON.- Luego Blanca no es Argentina, sino Gloria. ¡Ya me lo dió ella a entender!

PEDRO.- Luego, si no es Argentina, no es tiple, ni ha tenido éxitos, ni ha perdido a su madre. ¡Oh, qué hilo de esperanza!

(El timbre de la puerta suena)

¿Ya?

(Sale disparado por la primera izquierda.)

JUAN.- Estaba ahí mismo, sin duda.

RAMON.-

(Que mira hacia el sitio por donde marchó Pedro)

¡El chico de la pescadería! Media barra

de hielo.

PEDRO.-

(Con la barra de hielo en las
(manos.

Dale una propina al chico y dejad abierto
el portón. ¡No quiero más timbrazos!

(Por la primera izquierda hace
(mutis Juan.

¿Qué hago yo con esta barra?

RAMON.-

¡Señora Patro!

(A Pedro)

Dámela, que te vas a empapar el traje.

PEDRO.-

Es verdad. (Se la entrega)

RAMON.-

Pero, oye. ¿Estás temblando?

PEDRO.-

No sé. Noto en las piernas como un calambre.

PATRO.-

(Por la derecha)

¿Mandaban argo?

RAMON.-

Este hielo, para refrescar el agua, los
vinos y la fruta.

PATRO.-

Ar momento. (En voz baja a Ramón)

¿Se sabe ya si viene?

RAMON.-

Ha llamado por teléfono y la estamos es-
perando.

PATRO.-

(Al hacer nuevamente mutis por
(la derecha.

¡Ay, qué señorita Argentina más retegrosa!

JUAN.-

(Que vuelve por la izquierda)

¿Quieres que bajemos alguno al portal?

PEDRO.-

No. Bajaría yo; pero me temo que, después, las piernas no me respondan. ¡Qué viejo estoy, verdad?

RAMON.-

Yo te encuentro como siempre. Un poco nervioso, pero nada más.

PEDRO.-

Peinándome esta mañana ante el espejo, lo pensaba yo. ¡Qué diferencia en unos años! Ni aquel pelo, ni aquellos ojos, ni aquel genio!...

JUAN.-

¿Quisieras rejuvenecerte? ¿Ser el de Tor-desillas?

PEDRO.-

¿A qué negarlo? ¡Sí! En este momento quisiera ser aquel íntegramente. ¿No os parece que tarda?

RAMON.-

No, hombre.

PEDRO.-

Será mi impaciencia. Voy a mirar por la escalera. (Desaparece por la primera izquierda.)

RAMON.-

¡Gloria Olmedo! ¿Prefieres que se llame Gloria Olmedo?

JUAN.-

¡A mí me es igual! ¡Con tal de que este hombre se sosiegue y volvamos a nuestra normalidad! Yo llevo ya hechos no sé cuántos gastos!

RAMON.- Pero, ¿como adelantos?

JUAN.- ¡Por supuesto!

RAMON.- Pues alguien me ha dicho que Gloria Olmedo es el nombre de una bailarina.

JUAN.- No sé qué sería peor para nuestro amigo.

PEDRO.- (Que vuelve deprisa, casi con el azoramiento de un niño.

Ha comenzado a subir la escalera una mujer.

RAMON.- ¿Ella?

PEDRO.- No he podido mirar. Me ha dado así como un mareo. Me sentaré mientras sube. Mejor será que la recibáis vosotros.

(A Juan)

Tú, que has hablado con ella.

RAMON.- (Tomándole una mano)

Estás frío. ¿Quieres un vaso de agua?

(Juan ha salido por el pasillo.

PEDRO.- No. Ahora no quiero nada. Avisame cuando esté cerca.

(Está sentado de espaldas a la primera izquierda.

Ahora me falta el valor. ¿Por qué me falta el valor, Dios mío?

JUAN.- (Dentro, por la izquierda)

Por aquí, señorita, pase usted.

RAMON.- Parece ella. Espera.

GLORIA.- (Dentro)

¿Y Pedro? ¿Dónde está Pedro?

RAMON.- (Adelantándose)

Pase usted, señorita.

GLORIA.- (Entra por la izquierda. Es una (bella y distinguida joven, muy (distinta, sin embargo, de la (señorita que salió a escena, a (saludar con los actores, al fi- (nal del primer acto.

¿Es usted... Pedro?

(A Ramón)

PEDRO.- (Levantándose rápido y encarán- (dose de pie con la recién lle- (gada.

Pedro soy yo, y no tengo el gusto de co-
nocer a usted.

GLORI.- ¿Pedro... Alvarado?

PEDRO.- (Seco)

Sin duda. Pero repito que no la he visto
en mi vida.

GLORI.- Muy de acuerdo, señor. Pero no comprendo
que ello sea obstáculo para que usted pue-
da, galantemente, recibirme.

PEDRO.- Perdone, señorita. He sido un grosero. Yo
esperaba...

GLORI:- ¿A Gloria Olmedo? ¿No es así?

JUAN.- Exacto. Así era. Yo hablé por teléfono
con usted.

GLORI.- ¡Luego ustedes me esperaban?

RAMON.- ¡Claro!

GLORI.- Yo pregunté si podían recibirme.

PEDRO.- Sí, señorita. Yo le ruego que acepte mis disculpas y que se sienta. Me encontraba un poco febril y... ¡Yo le pido que me perdone!

GLORI.- (Por Juan y Ramón)

¿Sus compañeros de habitación?

PEDRO.- Tampoco se los he presentado. ¡Soy un insociable!

GLORIA.- (Riendo)

No tiene nada de particular. Está usted febril.

PEDRO.- Don Juan Fernandez Molinos; Don Ramón del Campo. Dos grandes amigos con los que hace unos meses convivo y que, desde hace una semana, me soportan.

GLORI.- Una semana de pasión.

PEDRO.- Más. Una semana santa, con su calvario y todo.

GLORI.- ...Que acaso tenga su sábado de Gloria....

RAMON.- ¿De Gloria?

GLORI.- ...Y, desde luego, su Domingo de Resurrección.

PEDRO.- ¿Qué quiere usted decir?

GLORI.- Que le encuentro a usted muy pesimista... a pesar de las flores y de la sonrisa abierta del piano.

JUAN.- ¿Usted no lo es?

GLORI.- Ni lo he sido nunca. Creo que la vida no tiene más que un objetivo: reír, pasarlo lo mejor posible. El que desaprovecha el momento, es un primo.

RAMON.- ¿Es una opinión de Gloria Olmedo?

GLORI.- De Gloria Olmedo y de todas las mujeres sensatas.

JUAN.- ¿Y usted le llama sensatez...?

GLORI.- A la realidad, monda y lironda. ¿Cree usted, por ejemplo, que al astrónomo que mira a las estrellas, el sabio que examina los microbios o el matemático que resuelve un complicado problema, se divierten? Ellos dicen que sí; pero no hay que hacerles caso. Pierden el tiempo para ellos. Para la Humanidad, no. La Humanidad les queda agradecida y les levanta una estatua. Pero ellos... ¡han hecho el primo!

PEDRO.- ¿Y ha venido usted aquí, señorita, -y perdóneme si soy grosero otra vez-, para hablarnos de operaciones matemáticas, de mi-

crobios y de estrellas?

GLORI.- Gracias a Dios que le veo interesado por mi visita. Había resuelto seguir hablando ahora de pájaros, de modas,.. y del tiempo, si era preciso, hasta que usted reventara. (Pausa)

Yo, por algo estaré aquí.

PEDRO.- Eso digo yo.

JUAN.- Eso decimos nosotros.

GLORI.- Es un hecho que ustedes me esperaban.

RAMON.- Evidente.

GLORI.- Pero también es evidente que, al llegar, les he defraudado.

JUAN.- Defraudado, no.

GLORI.- Sí, sí. Las cosas por sus nombres. ¡Defraudado! Y no soy tan simple que tema haberles defraudado por fea.

RAMON.- (Sincero y galante)

¡No! De ningún modo. Demasiado sabe usted señorita, que eso no lo puede pensar, mirándola, ningún hombre.

GLORI.- (Ríe)

Muy amable. Y tampoco he podido sorprender por vieja. Mis años creo que están en mi cara y en mi figura.

JUAN.- Sí, señorita. Están, desde luego, muy bien representados.

GLORI.- Acaso, sí, haya podido defraudar por antipática, por habladora.

(Mirando a Pedro)

PEDRO.- Si piensa usted que yo, como mis compañeros voy a quemar todo mi incienso en alabanzas de su simpatía, se equivoca de medio a medio, porque la realidad, monda y lironda, -como usted dice, señorita Gloria,- es que me tiene usted loco de impaciencia con su charla, que no sé si me conduce al Infierno o al Paraíso.

Glori.- Gracias por haberme llamado antipática, y modere sus impetus, porque estoy llegando al final. Por lo que yo he sorprendido a ustedes, por lo que les he defraudado, es porque decían que esperaban a Gloria... y, de verdad, esperaban a Blanca.

PEDRO.- ¿Es que sabe usted...?

GLORI.- Y como yo les traigo la solución de todo este acertijo y puedo relatar a esta señor de "mal genio" muchas cosas que ignora aquí estoy dispuesta, por amistad, a cumplir mi embajada y decidida también, si no

es agradable mi visita, a marcharme ahora mismo por el camino que vine.

PEDRO.- Me ha llamado usted "mal genio" y no necesitaba oír más para saber de quien era usted embajadora. Pero yo le agradeceré que, para disculpar este mal humor, contra el cual ya venía usted prevenida, medite -puesto que la supongo enterada de todo-, sobre la situación del hombre que, después de rezar a su novia, como a una santa, se la encuentra un buen día en la calle, como una cualquiera.

GLORI.-

(Con viveza)

¡Como una cualquiera, no! ¿Usted sabe quien es Blanca?

PEDRO.- ¿Argentina...?

GLORI.- ¡Argentina Cisneros! ¡La tiple hoy más famosa de Madrid! La creadora de la zarzuela más aplaudida y de las canciones más populares. La mujer que es disputada por autores y empresarios y que, en la cumbre de la fama, se acuerda del gran amor de su juventud para restituirle todo lo que en un mal día le quitó.

PEDRO.-

(Anonadado)

Luego Blanca es esa tiple... Luego Blan-

ca, más o menos conocida, es una mujer de teatro. ¡Y protesta usted porque he dicho "una cualquiera"!

GLORI.- Y ahora protesto con más vehemencia que antes, y no en nombre de Blanca exclusivamente. ¿Una cualquiera, por ser mujer de teatro? ¡No, señor Alvarado! ¡Cien veces, no! Esa es una tremenda injusticia que se cometió durante siglos contra una profesión, digna, como tal, de todos los respetos. Las mujeres de teatro, -sujetas como las demás a las flaquezas y los frenos del alma femenina-, viven consagradas a su arte, ejerciendo una elevada función social y rindiendo un culto a las más finas actividades del espíritu. Las mujeres de teatro...

PEDRO.- Yo no he querido ofender.

GLORI.- Ya lo comprendo. Pero usted puede ser "uno del público"...

PEDRO.- No voy nunca al teatro.

GLORI.- Bueno; pues, "uno de la sociedad" y por su boca ha hablado el Juan Vulgar del pueblo que repite como un muñeco lo que oyó de niño, dicho también injustamente.

RAMON.- Pedro ha querido decir que el ambiente del teatro quizás ofrece a la mujer más peligros que otro, por su independencia.

GLORI.- ¡Cómo se vé que ninguno de ustedes conoce de cerca lo que es la vida de los escenarios, la existencia de "entre bastidores"!... Todavía antes se podría decir que allí era la mujer más independiente. ¿Pero hoy? ¿Cuándo han disfrutado las chicas de más libertad en todos lados? ¿No las vemos en las oficinas, en los cafés, en los paseos? ¿Dónde tienen la disciplina que se les impone en un teatro? Si ahora, más bien, los términos han cambiado y es una garantía para el decoro de una mujer hallarse bajo la dirección y consejo de un director que todos los días frena su voluntad y moldea poco a poco su alma. ¡Pobres mujeres de teatro, que nos vemos tratadas con crueldad por un hombre cualquiera! (Se levanta, llevándose el pañuelo a los ojos.

PEDRO.- Yo le ruego, Gloria, que se calme; que dé por no pronunciadas mis palabras y que nos haga el honor de seguir charlando amistosamente con estos hombres de buena fé, que

no tienen más pecado que el de ignorar cosas que todo el mundo sabe.

(Gloria sonríe, satisfecha; pero aún sigue enjugándose sus lágrimas. Pedro se aparta de ella.)

RAMON.- Yo adiviné que era usted bailarina. ¡Bailarina de calidad! De las que honran a la danza española.

GLORI.- (Como halagada)

No vale la pena.

RAMON.- Se lo dije a éste.

(Por Juan)

Tenemos que ir a aplaudirla.

GLORI.- Cualquier noche.

RAMON.- Una tarde. Por la noche no salimos.

PEDRO.- (Volviendo y ofreciendo el otro sillón a Gloria)

¿Reanudamos la charla?

GLORI.- Con mucho gusto, Pedro.

(Vuelve al tono cordial de antes; y se sienta.)

Ya le he dicho quien es Blanca, y cómo yo vengo, en su nombre, a verla a usted.

PEDRO.- Estos se hallan tan enterados como yo. Puede hablar sin reservas.

GLORI.- Usted sabe que Blanca fué con sus padres

a Valladolid, desde ese pueblo que nunca me acuerdo como se llama.

PEDRO.- Tordesillas.

GLOR.- Eso. En Valladolid le escribió con bastante frecuencia; y eso que, a poco de llegar, conoció a otro hombre.

(Ante un gesto incontinente de Pedro.)

No. Si se va á irritar, no sigo. ¡Son cosas ya olvidadas, de hace varios años!

PEDRO.- Pero, para mí, terriblemente nuevas, aunque presentidas durante esta semana.

GLORI.- Aquel hombre era un gran cantante, de una compañía que trabajaba en el Calderón. Usted sabe la afición de siempre de Blanca por la música. ¿Tiene nada de particular que se sintiera atraída por el arte de aquel tenor? Usted, mientras tanto, la escribía haciendo presupuestos caseros...

PEDRO.- Tuve yo la culpa, por lo visto...

GLORI.- ¡Eso no hay quien lo diga! El tenor se dió cuenta de la admiración, la oyó cantar, le propuso darle lecciones...

PEDRO.- No me cuente más, Gloria. ¿Para qué? Yo seré Juan Vulgar, pero la aventura tampoco pudo ser más vulgarota. ¡Se escapó

con el tenor!

GLORI.- ¡A San Sebastián! Ambiente cosmopolita. Triunfo de su belleza. Noches en el Kur-saal.

PEDRO.- Y, mientras que yo asistía en Tordesillas a sus funerales, ¡ella se marcaba, frente al Cantábrico, un tango argentino!

(Pausa)

Antes la muerte; ¡cien veces preferible!

GLORI.- Eso pensaron sus padres. Que ante el pueblo, ante la sociedad, ante usted mismo, era cien veces mejor darla por muerta que soportar el escándalo y la deshonra. Con el mejor fin mintieron; sintiendo por usted una infinita piedad.

PEDRO.- ¿Y no comprendieron que me la podría encontrar en mi camino?

GLORI.- Blanca, -que ya se llamaba Argentina Cisneros porque a su amigo le pareció el nombre más sonoro-, prometió a sus padres, en una carta llena de justificaciones, marchar a América y no volver por España. Luego, el temor al mar y la atracción del teatro, cada vez más fuerte en ella, le impidieron cumplir su propósito. El tenor la abandonó.

PEDRO.-

(Sin poder contenerse)

¿Quién era?

GLORI.-

¿Qué más dá! ¡Uno! Y al verse sola y saber que su madre enviudó, fué a buscarla a Valladolid, le dió su apellido de arte y se consagró al trabajo hasta verse hoy mimada y triunfadora. Blanca, había muerto para siempre y había nacido, resplandeciente, la Cisneros.

PEDRO.-

Y ahora, esa dama tan admirada, tan festejada, ¿qué pretende de mí, hombre oscuro que a nada aspira?

GLORI.-

No pretende nada y lo ofrece todo. Porque Blanca, que creyó sepultado eternamente, con su nombre, el gran cariño de su juventud, lo ha sentido renacer en su pecho y, franca y jubilosamente, como es ella, quiere asociar, a su prosperidad presente, la felicidad del único hombre que la ha querido.

PEDRO.-

En esto último, es en lo único que acierta. Pero, vayamos por partes, mi buena amiga. Este renacimiento amoroso de Blanca, no se habrá producido por generación espontánea.

GLORI.-- Blanca vino conmigo, hará un mes, al estudio de ahí enfrente : Al del maestro Céspedes. Está aprendiendo una nueva obra del maestro. Era por la tarde. Usted no se daría cuenta.

PEDRO.-- ¿Yo?

GLORI.-- Cantaba y, mientras tanto, dejaba vagar la mirada hacia el patio. Las ventanas estaban abiertas. Blanca, de pronto, enmudeció: le había visto a usted.

PEDRO.-- ¿A mí? ¿Dónde?

GLORI.-- No sé. Supongo que aquí. Ella me ha dicho que en su cuarto.

RAMON.-- ¡Ahí al lado!

GLORI.-- No podíamos averiguar lo que le pasaba; pero aquella tarde no cantó más. Hace ocho días, quiso volver. Se la había ocurrido una ingénuo estratagema. ¡Su carácter alegre se imponía! Y pensó presentarse a usted de improviso y pedirle perdón. Por eso vino conmigo a casa del maestro y aprovechó un descuido para entrar...

RAMON.-- ...Y se quedó dormida...

GLORI.-- Y fingió dormir, para intrigar a usted.

(A Ramón)

JUAN.- ...Y nos intrigó con el bolso.

GLORI.- ... Que yo le presté.

PEDRO.- Y huyó de nuevo, como en Valladolid.

GLORI.- No, Pedro; como entonces, no. Huyó al final de la estratagema, porque a última hora le faltó el valor. Ella había procurado con su voz, con sus suspiros, con su afición a la música, despertar en usted lejanos recuerdos; pero, cuando vió que permanecía insensible a todas las sugerencias y le oyó hablar con su carácter férreo de antes, sintió miedo, un miedo invencible a que usted no la perdonara y a haber abierto en su alma una nueva herida incurable!

PEDRO.- Entonces, ¿por qué vuelve?

GLORI.- Porque, al huir, comprendió que usted la había reconocido y supone, - con fundamento, como he comprobado-, el excepcional estado de su ánimo. Ella no quiere, -no puede, dada su posición actual-, exponerse a que usted no la perdone, ni mucho menos a un escándalo. Argentina Cisneros, invitada a almorzar en esta casa, desea saber si al llegar hoy a ella, con

toda la efusión de su verdad y de su arrepentimiento, va a encontrar unos brazos abiertos que bendigan su resurrección o un rencor disculpable que no puede aceptar.

PEDRO.-

(Sonriendo)

No era tan fácil la embajada de la amiga, señorita Gloria.

GLORI.-

(Como a quien se le ha quitado un peso de encima.)

¡No lo sabe usted bien!

(Pausita)

¿No tendrían un poquito de agua?

RAMON.-

Se la daré a usted con anís, como si fuera jueves.

GLORI.-

Gracias, simpático.

(Ramón hace mutis por la derecha y vuelve a salir enseguida.)

PEDRO.-

(Reposado)

Pues mi contestación no puede ser más sencilla. Con permiso de mis amigos, esta casa y estos brazos están abiertos de par en par para Blanca, a pesar de todo lo pasado, que se debe en absoluto borrar.

GLORI.-

Es usted generoso y bueno, como esperá-

bamos de su cariño.

PEDRO.- Inmenso. Puede usted creerlo.

GLORI.- (Levantándose)

Voy a decírselo ahora mismo.

PEDRO.- (Conteniéndola)

Un momento. No he terminado. ¿Dirá usted todo eso a Blanca, no es cierto?

GLORI.- Enseguida. ¡Si me está esperando!

PEDRO.- A Blanca, sí. Pero a Argentina Cisneros, ni media palabra.

GLORI.- ¿Qué quiere decir?

PEDRO.- Quiero decir que doy la única respuesta que puede dar un hombre digno. Si Blanca está, de verdad, arrepentida, y ha sentido sinceramente la atracción de su amor primero, que venga a unir para siempre su suerte con la mía, y juntos escondere-
mos nuestros dolores y forjaremos nuevas horas que nos parecerán felices. Pero si no ha de renunciar a su brillante vida artística, si lo que me otorga es la protección de su cariño, y la que viene a mí es Argentina Cisneros, que se quede con su arte y con su teatro y que deje en paz a un hombre que ya la lloró por muerta muchas veces.

GLOR.- Me deja usted atónita.

PATRO.- (Que ha aparecido por la derecha hace un rato, con un vaso de agua anisada y que ha ido adelantando poco a poco.

¡El agua!

GLORI.- (Volviéndose)

Es verdad. (Bebe)

Gracias, señora Patro. ¿También sirve usted aquí?

PATRO.- Como en toas estas casas de locos.

(Mitis por la derecha)

GLORI.- (A Pedro)

¿Lo ha pensado usted bien?

PEDRO.- Por mi desgracia.

GLORI.- Entonces, si no renuncia al teatro...

PEDRO.- Que no venga a almorzar. No está invitada.

GLORI.- Es que no puede renunciar: ¡no depende de ella! Tiene contratos firmados.

PEDRO.- Pues que los cumpla; pero aquí no almuerza. Si viene a esta casa, ha de ser únicamente como Blanca Hinojosa, para casarse enseguida y olvidar todo lo pasado. ¿Hay alguna duda?

GLORI.- ¡Ninguna! Pueden ir retirando los manteles.

RAMON.- No se habían puesto todavía.

GLORI.- Diré a mi amiga su respuesta con toda fidelidad. ¡Ojalá encuentre Argentina un medio de hacer compatible su posición actual y su cariño!

PEDRO.- A mí me bastará con que lo encuentre Blanca.

GLORI.- Buenas tardes, señores.

PEDRO.- Buenas tardes.

(Gloria desaparece por la primera puerta de la izquierda acompañada por Juan que vuelve al poco tiempo en unión del MAESTRO CESPEDES.

RAMON.- Un poco dura tu contestación...

PEDRO.- Yo sé todo el sacrificio que hago, porque siento como nunca la sugestión de esa mujer sobre mí. Pero... no... ¡no!...
¡¡¡No!!!.

RAMON.- Entonces, almorzaremos solos.

PEDRO.- Sin el menor festejo; ¡sin la menor ilusión!

JUAN.- Oye, Ramón: el maestro se empeña...

CESPE.- (Apareciendo con cinco botellas de champagne.

El champagne prometido. Yo soy hombre de palabra.

RAMON.- Pero, si le dije, maestro, que no nos hacía falta.

PEDRO.- Agradecemos mucho su atención; que ya no tiene objeto. ¡No hay tal almuerzo ni tal fiesta en perspectiva!

CESPE.- Está usted equivocado de medio a medio.

(Deja las botellas sobre la
mesa.)

Si una mujer se empeña, dará usted veintitrés banquetes.

PEDRO.- Ella no vendrá porque no puede aceptar mis condiciones.

CESPE.- ¡Ah! Ella vendrá porque está enamorada de usted.

PEDRO.- ¿Y usted, cómo sabe?

CESPE.- Porque estaba esperando a Gloria en mi estudio.

PEDRO.- Es que yo exijo su renuncia total al teatro.

CESPE.- Pero, ¿usted sabe lo que dice, amigo mío? ¿No comprende que pide un imposible? Para mí sería la ruina.

PEDRO.- Yo pongo en la balanza mi dignidad.

CESPE.- Es que toda la obra está hecha para ella, pensando en ella. ¡No puede usted arreba-

tarnos una figura, que a todos ya nos pertenece un poco!

PEDRO.- Pues por eso se queda con ustedes. Hágame caso, maestro. Yo sería una extraordinaria perturbación. Llévase las botellas y descórchelas para celebrar su próximo triunfo con la Cisneros.

GLORI.- (Apareciendo, de súbito por donde se fué.)

¡No! La Cisneros le ruega, maestro, que toque usted al piano su pasacalle. Con él se hizo famosa, y a sus acordes quiere enterrar su nombre para buscar la felicidad.

CESPE.- Pero esa chica está loca.

PEDRO.- (Impresionado)

Entonces, ¿viene?...

GLORI.- Renuncia a todo, menos a su cariño. Pero quiere alegría, ¡mucho alegría! ¿Es posible que en esta casa pueda haber mucha alegría?

PEDRO.- Ramón, Juan, ¿escucháis?

(A la derecha)

¡Señora Patro! ¡El almuerzo! Voy a buscarla yo.

GLORI.- Ya es tarde. ¡Aquí la tiene usted!

(A Céspedes)

¡Maestro; música!

(Ante el ademán imperioso de Gloria, el maestro Céspedes ataca en el piano una alegre pasacalle, que Gloria corea, al mismo tiempo que se enjuga con el pañuelo unas lágrima de emoción. Por la primera izquierda entra BLANCA arrogante y bellísima. Es la misma mujer que saludó al público, desde la escena, al terminar el primer acto. Viste otro traje de tonos claros, tan elegante como el anterior. Pedro ha salido a su encuentro; pero ella se arroja a sus piés, sin pronunciar palabra.

PEDRO.- ¡De rodillas, no! ¡A mis brazos! ¡Para siempre, Blanca, para siempre!

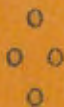
(La levanta suavemente, y ambos, de pié, permanecen enlazados por amoroso abrazo, mientras que cae, con lentitud el telón. La señora PATRO que ha salido por la derecha, y Juan que se apoya en un sillón, contemplan la escena complacidos y llevan con la cabeza el compás. Lo mismo hace Ramón que ofrece agua, -de la copa que había quedado sobre la mesa-, a Gloria y dá palmaditas de aliento al Maestro Céspedes, que sigue tocando su pasacalle hasta que la cortina ha descendido.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

GARMEN MORENO
COPISTA TEATRAL
MURCIA, 26, 1.º B
MADRID

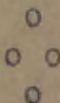
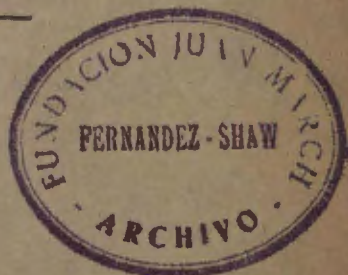
"TRES SOLTEROS INOCENTES"

ACTO TERCERO.



"TRES SOLTEROS INOCENTES"

ACTO TERCERO.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

"TRES SOLTEROS INOCENTES"

ACTO TERCERO.

La misma habitación de los actos anteriores.
La disposición de muebles, como en el segundo.
En el almanaque, el número 12. Es por la tarde.

.....

(En la turca, aparece, echado
(y dormido, PEDRO. En vez de
(americana tiene puesta la cha-
(queta de un pijama.
(Sentadas en los sillones y
(sillas, tres chicas jóvenes:
(OLGA, ROSARIO y ANGELITA, que
(conversan en voz baja con la
(SEÑORA PATRO, que permanece
(en pié junto a ellas.

OLGA.- Se oye y parece cuento.

PATRO.- Pos no es más que historia. Una historia
fidelísima, que a tó er que viene la re-
pito igual.

ROSAR.- ¡Y nosotras, sin saber nada estos días!

ANGEL.- A mí me chocó que el maestro Céspedes
nos suspendiera las sesiones.

PATRO.- ¡No las había de suspender! Primero, por
el gran disgusto que él tenía ensima; y,

luego, porque el médico dijo que no hubiera el menor ruido. ¡Y menos, de músicas y cansiones!

OLGA.- ¿Ha sido la cosa tan grave?

PATRO.- ¿Cómo que ha sido? ¡Que lo es entocavía!
Dos juntas de médicos ha habido. Y la de ayer, de tres; que son las más peligrosas.

ANGEL.- Pero, ¿no está mejor?

PATRO.- Hoy, sí. Hoy dise don Fidel que está mejor; que ya responde de la vida.

OLGA.- ¡Alabado sea Dios!

ANGEL.- A nosotras nos han contado en el café que la culpa de todo la tuvo el novio...

PATRO.- (Imponiendo silencio)

¡Chist! Durmiendo está en esa turca. Si tuvo la curpa, bien la está purgando.

ROSAR.- Pero, ¿pegarla, la pegó?

PATRO.- ¡Jesús, María! ¿Quién ha dicho tamaño desatino?

OLGA.- ¡Ah! Pues eso es lo menos malo que se cuenta. Otros dicen que la pobre Argentina fué raptada por el antiguo novio, que la tiene encerrada a pan y agua.

PATRO.- ¡Mentira y mentira! ¡El habrá podío ser

aquel día demasiado exigente o demasiado inflexible. Por argo le yamaba yo don Pedro er Crué. Pero es un hombre a carta cabá y la quíe con toa su arma. ¡Bien lo está demostrando!

ANGEL.- ¿Entonces... el suceso?

PATRO.- Yo se lo espeto a ustés como fué, porque me consta lo buenas amigas que son de la señorita Argentina.

ROSAR.- Puede usted creerlo.

PATRO.- ...Pero ha de ser con la condisión de que se den luego en er café una puntá en los labios; que estas son cosas muy íntimas, que a los demás no les importa ni un comino.

OLGA.- Hable usted con libertad, señora Patro.

PATRO.- Quedamos en que ella había sido invitá en esta casa er día ocho...

ANGELI.- En eso estábamos.

PATRO.- ...Y en que él había puesto por condisión para reanudar sus relaciones, la friole-
ra de que ella se retirase pa siempre der
teatro.

OLGA.- ¡Qué horror!

ROSAR.- ¡Qué tío!

ANGELI.- Dejarla hablar.

PATRO.- Si venía a armorsar era señal de que re-
nunsiaba a tó.

ROSAR.- ¿Y vino?

PATRO.- ¿No había de vení?

OLGA.- ¡Eso es cariño!

ANGEL.- ¡Siga!...

PATRO.- Er señorito Pedro...

ROSAR.- ¿El novio?

PATRO.- Pos ¿no lo estoy disiendo? Er señorito
Pedro, emosionao, invitó también a almor-
sá a la señorita Gloria, la amiga de su
novio.

ROSAR.- ¿Qué Gloria?

ANGEL.- ¡Sí, hija, sí! ¡La Olmedo!: ¡la bailari-
na!

PATRO.- ¡Eso! Y el armuerso fué de ¡"chupa-res-
cordo" y trágate el ascua! ¡Qué de ani-
mación y de alegría! Por supuesto, ella
se lo desía tó. A mí me paresía demasiá
elocuensia, esta es la verdá; pero, ¡cual-
quiera podía adivinar que toa la prose-
sión iba por dentro!

ROSAR.-

(Por Pedro)

¿No despertaremos a... don Pedro el Cruel?

PATRO.- No. No hay cuidao. Lleva cuatro noches sin pegar ojo y, cuando se echa, en la siesta, es un marmoliyo.

(Pausa)

Charlaron después de armorsá, tó lo que quisieron; bebieron... ¡yo no sé! Er caso es que ayá a la media tarde, -por esta hora sería-, comensaron a oirse mí-sicas y cantos en la Academia; que a la señorita Gloria le yegó er momento de irse, y que er señorito Pedro ordenó que se despidieran las dos amigas; porque si una era del teatro y en el teatro continuaba, no podía seguir unida a la otra, que renunsiaba a tó.

OLGA.- ¡Y luego hablan de Barba Azul!

PATRO.- ¡Cómo se abrasaron las dos! Las cansio-nes desde lejos, paresían desir a la tiple: -"No. la suertes! Vete con eya, que las dos sóis muestras!" Pero er novio, tranquilo y seguro, esperaba ya en la puerta para despedir a la Ormedo. Enton-ses, de pronto, como herida por un rayo, se derrumbó en er suelo la señorita Argentina.

ANGELI.- ¡Virgen María!

PATRO.- ¡Y no hay pa qué describir er joyin que aquí se armó. Como pudimos la echamos entre tós en esa cama.

(Por la turca)

Avisamos a la Casa de Socorro. ¡Qué cara la del Dortó cuando la tomó er pürso! No daba tres chavos morunos por su vía.

ROSAR.- Y ella, ¿qué decía?

PATRO.- Pero, ¿qué iba a desí? ¡Ni media sílaba! Sin habla y sin conosimiento ha estao más de cuarenta y ocho horas, luchando entre la vía y la muerte. Y entoavía hoy disen que está la pelota en er tejao.

ANGEL.- ¡Qué remordimiento para ese hombre, si, como usted dice, la quiere!

PATRO.- No es pa visto. Ese hombre yeva sufrió tó er carvario. Si no tuviera ese modo que tié de dominarse, ese hombre... no sé: ¡ese hombre se habría pegao un tiro!

CESPE.- (Desde dentro, por la primera
(izquierda en voz más fuerte
(que el tono de la conversae
(ción anterior.

¡Vamos, niñas! ¡Que ya es hora! ¡Vamos!

PATRO.- ¡Chisst! ¡Maestro! ¡Que duerme!

CESPE.- ¡Ah! Perdón. Como me dijeron que el peligro había pasado y podíamos reanudar las clases...

PEDRO.- (Sentándose en la turca)

Y... en efecto, las puede usted reanudar. El que dormía era yo.

(Patro hace mutis por la derecha.)

CESPE.- Discúlpeme, entonces. Vine por las niñas estas, que ya es su hora y se me habían escapado para saber noticias de su amiga. ¡La quieren tanto!...

PEDRO.- ¿Queréis vosotras a Argentina?

(Adelantando al centro de la escena.)

ANGEL.- ¿Y quién, que la conozca, no se siente atraído por ella?

PEDRO.- Verdad es.

OLGA.- Para nosotras es algo más que una amiga y que una protectora: es una buena consejera. ¡Yo no hago más que lo que ella me indica!

ROSAR.- ¡Ni yo!

ANGELI.- ¿Dormirá ahora?

PEDRO.- Duerme siempre, hijitas. Mejor dicho, parece que duerme.

ROSAR.- Pero, ¿no habla?

PEDRO.- Aún no. Alguna palabra suelta.

ANGELI.- Y, ¿no podríamos verla?

PEDRO.- Si queréis... Pero el médico lo tiene prohibido. Está en esa habitación, que es la más independiente y la más ventilada. ¡Necesita mucho aire!

OLGA.- Otro día volveremos.

PEDRO.- Como queráis.

CESPE.- Id vosotras preparando el trabajo, que enseguida voy yo.

OLGA.- Señor Alvarado: cuando pueda ser, dígala que vino a verla Olga.

ANGELI.- ¡Con Rosario y Angelita!

PEDRO.- Le diré que vinieron... las tres Gracias:

CESPE.- O los tres diablillos.

(Las chicas ríen)

(Al hacer mutis por la primera
(izquierda, Rosario dice:

ROSAR.- ¡A mí no me pareció nada antipático!

PEDRO.- Me emocionan estas pruebas de sano y espontáneo afecto. No sé si es que mi ánimo está más propicio a ello; pero la realidad es que no encuentro a mi alrededor -alrededor de ella-, más que corazones

abiertos de una generosidad incomparable. ¡Ese ángel bueno de Gloria, convertida en enfermera abnegada, que no se ha separado un minuto de su lado; este Ramón, de cualidades tan insospechadas... y este maestro Céspedes,

(Dándole una palmadita en el
hombro.

con el que voy a tener que reñir en serio.

CESPE.- ¿Connigo? (Riendo)

Yo le aseguro que no. Connigo nadie riñe.

PEDRO.- ¿Qué significa ese sobre que me dejó usted anoche y que no he querido ni abrir?

(Señala hacia el bureau)

CESPE.- Pues ha hecho usted mal, porque es de usted. Para eso he venido: para quitarle todo género de escrúpulos.

PEDRO.- Es que yo no puedo admitir...

CESPE.- Calle, calle. Usted ha recibido, en tres días, dos golpes duros: uno la gravísima enfermedad de esta mujer; otro... no me lo niegue, -¡se sabe todo!- la quiebra de la casa donde trabajaba.

PEDRO.- La tenía prevista. La quiebra ha sido

como consecuencia de mi balance.

CESPE.- Pero usted ha quedado sin ocupación.

PEDRO.- Aún no.

CESPE.- Y, en cambio, ha tenido en estos días una serie ilimitada de gastos a los que ha hecho frente con todas las reservas del mes... de usted y de sus compañeros.

PEDRO.- ¿Cómo lo sabe usted?

CESPE.- Es fácil de averiguar.

PEDRO.- ¿Se lo ha dicho... Juan?

CESPE.- Uno de ellos, sí. Pero eso es lo de menos. Mi preocupación es que usted, hombre metódico, poco acostumbrado a improvisar el dinero en casos extraordinarios, se halle ante un callejón sin salida o cometa una de esas torpezas financieras que en usted serían imperdonables y que en nosotros no tienen nada de particular.

PEDRO.- Pero ustedes no pueden sacrificarse por mí.

CESPE.- ¿Y quién habla de sacrificios? A mí me sobra ahora todo ese dinero que le dejé en el sobre. Usted se lo gasta y, cuando buenamente pueda, me lo devuelve y en paz.

PEDRO.- Con los intereses correspondientes. Solo así puedo aceptarlo.

CESPE.- ¡Nada, hombre, nada! Con el interés... de que le saque a usted del apuro.

PEDRO.- Al menos, le extenderé un recibo...

CESPE.- Pero, ¿usted quién se ha creído que soy? ¿Necesito yo recibo de usted? ¡Que no, hombre, que no! Y nó se hable más del asunto, que no vale la pena.

PEDRO.- Estoy abrumado. Me asomo a un mundo nuevo, que desconocía en absoluto. ¿Y si el día de mañana muero sin pagarle?

CESPE.- Pues me habré dado siempre el gusto de hacerle un favor. El dinero no tiene valor, querido Alvarado. Lo que hay que tener es amigos. Y, mientras que los amigos tengan dinero...

PEDRO.- Yo le prometo corresponder a su amistad..

CESPE.- (Para cambiar de conversación)

¿Y la enferma? ¿Sigue la mejoría?

PEDRO.- Dicen que sí. A mí, sin embargo, me parece siempre igual. Preguntaremos a los enfermeros.

(Se acerca a la derecha)

Gloria... ¿Qué tal?

CESPE.- Por mí, que no se moleste.

GLORI.- (Saliendo)

Bien. Muy bien. Yo no entiendo de pulso; pero Ramón dice que muy normal.

(Gloria viste, sobre su traje, bata blanca de enfermera.)

PEDRO.- ¿Se ha alimentado?

GLORI.- Unas cucharaditas. Ya no encaja los dientes.

PEDRO.- ¡Qué lento, Gloria, qué lento!

GLORI.- Sí. Pero no dejamos de caminar. ¡Hay que tener confianza.

PEDRO.- La tengo. Rodeado de ustedes, la tengo. ¿Qué hubiera sido de mí sin las personas que me rodean?

CESPE.- ¡Vaya! ¡Olvídese de lo pasado y ¡a mirar con optimismo el porvenir! Yo me voy con mi gente. Si metemos mucho ruido, si molestamos, mándenos aviso.

PEDRO.- Descuide, maestro.

CESPE.- Hasta luego, pues. ¿Dejo abierto, como siempre?

PEDRO.- Sí. Entornado. Hasta después... ¡Y un millón de gracias!

CESPE.- ¡Quién se acuerda de eso!

(Mutis por la primera de la iz-

(quierda.

PEDRO.- ¡Un santo varón!

GLORI.- Un gran artista. ¡Una gran figura... del teatro! (En tono cariñoso)

¿Tomó usted el vaso de leche?

PEDRO.- No. Sigo sin poder tragar nada. Así no me hará daño.

GLORI.- Eso no puede ser, hombre de Dios. Tiene usted que estar fuerte para muy pronto.

PEDRO.- ¿Para cuando?

GLORI.- Para cuando ella esté buena. Yo le traeré el vaso.

(Medio mutis hacia la derecha)

PEDRO.- No. Ahora, no, Gloria. Necesito hablar cinco minutos con usted. Necesito volcar un poco de mi alma, y eso quizás sea más conveniente para la salud que el alimento.

GLOR.- ¿Y, yo puedo consolarle?

PEDRO.- Usted es la mujer más compenetrada con ella. Hablando con usted me parece que hablo con Blanca. ¿Me oye usted, verdad?

GLORI.- Hábleme, Pedro.

PEDRO.- Yo tengo la preocupación de ser un hombre perverso; y, sin embargo, no lo soy.

He querido tan solo ser un hombre digno. Cuando el otro día, procediendo rigurosamente con arreglo a mi conciencia, exigí de Blanca el olvido de su vida pasada, y obtuve el pleno triunfo de su renunciación, yo no sentí el fanfarrón halago de la vanidad satisfecha, se lo juro, sino el íntimo júbilo del hombre que ha puesto su voluntad al servicio del bien.

GLORI.- Lo que usted no calculó entonces, -usted, tan calculador!-, fueren las consecuencias.

PEDRO.- A eso voy. Porque luego, cuando la catástrofe se produjo y me di cuenta de las reacciones que, por acercarse a mi cariño, había sufrido aquella mujer, y de las conmociones terribles a que la había obligado,.. entonces, digo, yo hubiera dado mi vida por salvar la suya y comprendí que en el fondo de mi pecho latía un corazón capaz de todas las ternuras y todas las grandezas, que ni yo mismo había sabido descubrir.

GLORI.- Ella, sí. Ella creía en usted. Por eso vino a buscarle. Por eso quizás su angus-

tia fué mayor cuando vió que usted, al obligarla a despedirse de mí, la empujaba a desligarse de todo su pasado.

PEDRO.- Fuí con exceso inflexible, lo reconozco. Pero tiene usted que comprender que yo... por mi temperamento y por mi modo de pensar y de proceder, no estaba preparado para todo ésto. Yo vivía tranquilo...

GLORI.- Pues vuelva un poco a su resignación de antes.

PEDRO.- Eso no es posible.

GLORI.- Blanca era para usted un lejano recuerdo. Se había acostumbrado usted a considerarla muerta...

PEDRO.- Es que todo ha cambiado. Yo vivía tranquilo sin ella y ahora, sin ella, me moriría. En mí alentaba, como usted dice, su recuerdo, pero hoy siento la presencia de su palpitación. Porque después de saber que vivía tuve el valor de prescindir de ella, si no renunciaba a todo por mí; pero ahora sólo me importa vivir si ella vive, después de haberla visto, de haberla oído, y de haberla tenido en mis brazos.

GLORI.- Sosiéguese, Pedro.

PEDRO.- ¿Usted sabe, Gloria, lo que fué para mí sentir su mirada clavada en la mía, respirar su aliento y abrazarme en sus labios? No. Yo he de hacer que esa mujer se salve. ¡O he de volverme loco para toda la vida!

GLORI.- Se salvará, no sea pesimista. Mas ha de hacernos caso, porque la razón de usted no peligra; pero, todavía sí, la de ella.

PEDRO.- ¡Gloria! ¿Qué me dice?

GLORI.- Lo que ha dicho el Doctor, ni más ni menos. En el proceso mental hasta que esa razón recobre el perfecto equilibrio de sus facultades, hay que proceder con extremo cuidado y evitar todo género de impresiones. Por eso Don Fidel quiere que usted esté en el cuarto el menor tiempo posible: ¡Que no le vea de pronto!

PEDRO.- Y yo creo que me someto de buen grado.

GLORI.- A todo. Es usted un buen chico. ¿Le doy el vaso de leche?

PEDRO.- Gracias, Gloria. Me ha sentado muy bien la plática. ¿Me permite usted un beso en la mano?

GLORI.- Pues, ¡no faltaba más! Luego le daré curso.

(Pedro besa en el dorso de una mano a Gloria. Por la derecha aparece RAMON.)

RAMON.- ¡Muy bonito! Yo, cuidándote la novia con el mayor esmero, y tú, mientras tanto, birlándome la mía!

PEDRO.- (Ingénuo)

¡Ah! ¡Yo ignoraba!

GLOR.- (Riendo)

¡Pues no corren poco ni nada los estudiantes de Caminos! ¡Como toda la carretera es de ellos!

RAMON.- Pero, ¿no habíamos quedado en que esta profesión de enfermeros lleva dentro el virus del amor violento?

PEDRO.- Déjate de bromas y cuéntame. ¿Sigues abriendo los ojos?

RAMON.- Y cerrándolos. Cuando ésta entra, los abre. Cuando entro yo, los cierra.

PEDRO.- ¿Y, por qué?

RAMON.- Porque a mí no me puede ni ver.

(Ríe)

¡No me hagas caso, hombre; que me ha dado Gloria un poco de manzanilla y, a ve-

ces, no discurre!

GLOR.- Y ahora tengo que ir por lo de Pedro.
Perdona. (Se va por la derecha)

RAMON.- No. Si ésta, con un vaso o una copa en la mano, es feliz. Y nunca es para ella. ¡Para los demás! Hasta que no te lo tomas, no para.

PEDRO.- Te veo, de verdad, un poco colado.

RAMON.- ¿Cómo un poco? ¡Hasta la empuñadura! Yo ignoraba lo que era, de cerca, una mujer: como la mía; como la tuya. Porque mira que la tuya...¿eh?

PEDRO.- ¿Tú crees que se salvará?

RAMON.- ¡Pero, hombre! Se la vé mejorar por momentos. Verás cuando venga el Doctor.

PEDRO.- Y dime; ¿qué es eso que le dice Don Fidel, en voz baja, cuando le acaricia la frente?

RAMON.- Yo no lo sé, chico, porque parece mal prestar atención. Pero se le acerca al oído y, con una voz muy suave, le va diciendo unas cosas que algún misterio tendrán, cuando ella se sonríe...

PEDRO.- ¡Ah! ¿Se sonría?...

RAMON.- Y sus mejillas toman color. ¡Y se pone

todavía más guapa! Yo ya te lo he dicho, Pedro. Si no la quieres, para mí. ¡Yo me la llevo!

PEDRO.-

(Siguiendo la broma)

Pero, si tú ya tienes a Gloria...

RAMON.-

Es verdad. ¡Pues me llevo a las dos!

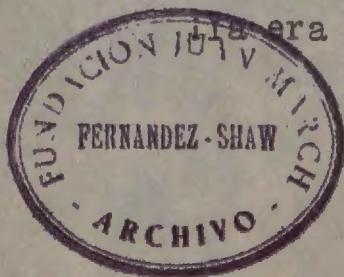
PEDRO.-

Me preocupa lo que ha dicho esa chica: ¡que no recobre Blanca la razón! ¡Yo eso no lo puedo consentir!

RAMON.-

Tú pide a Dios que se ponga buena y olvídate de bravatas.

(Viendo entrar a JUAN por la primera izquierda.)



¡Ahora hora, hombre! Creí que no venías.

(Desde hace un rato, ha comenzado a sonar, lejano, por el patio, el rumor de los cantos y músicas del estudio de Céspedes.)

JUAN.-

Dije que no me esperáseis a almorzar. Tenía mucho trabajo en la oficina y sólo disponía de una hora. ¿Y esa, qué tal?

PEDRO.-

¿Quién es esa?

JUAN.-

Blanca; la enferma. Hubiera preguntado por teléfono; pero no tuve tiempo.

RAMON.-

El médico esta mañana salió mejor impresionado.

JUAN.-

(A Pedro)

¿Lo ves? Dentro de unos días, como si no hubiera pasado nada. ¿Está arreglado mi cuarto?

(Indicando la segunda derecha)

RAMON.- Sí. La señora Patro lo arregló.

JUAN.- Voy a descansar un poco, si puedo; porque ¡con esas músicas!

PEDRO.- ¿Quieres que cerremos?

JUAN.- No. Déjalo.

PEDRO.- Oye antes, Juan.

(Este vuelve)

Y oye tú, Ramón. Yo tenía, como sabéis, vuestro dinero. Se gastó.

JUAN.- Se gastó en buena hora. ¡Qué vamos a hacerle! Lo malo es que no tenemos más.

RAMON.- Ya he escrito a mi padre.

PEDRO.- Yo, sí; tengo, desde hoy más. Por eso quiero devolveros lo vuestro. Toma, Juan. Esto es lo tuyo.

(Le entrega unos billetes que
saca de un sobre que hay en
el bureau.)

JUAN.-

(Debilmente)

Si no te precisa...

PEDRO.- Guárdalo tú, y adminístralo tú. Es me-

JUAN.-

(Tomándolo)

Pero, ¿y si lo necesitas?...

PEDRO.-

Yo te lo pediré, no te preocupes. Y descansa, que buena falta te hace.

JUAN.-

Llámame, si me retraso, que hoy tengo horas extraordinarias.

PEDRO.-

Yo te llamaré; descuida.

(A Ramón)

Y tú, Ramón, lo tuyo.

RAMON.-

¡A mí déjame de historias! ¿No sigues tú aquí? Pues eres mi administrador y nada más.

PEDRO.-

Es que yo ahora gasto, despilfarro...

RAMON.-

¡Y yo te ayudo cuando quieras!

PEDRO.-

Eso, no, Ramón.

RAMON.-

(Viendo a GLORIA que vuelve
(por la derecha con un vaso
(de leche en la mano.

¡El alimento!

GLOR.-

Me entretuve un poco, porque noté que se revolvía en la cama.

(Deja el vaso sobre la mesa)

PEDRO.-

¿Le ocurría algo?

GLOR.-

Nada, gracias a Dios. Debía de tener un sueño muy bueno, porque su sonrisa se

iluminaba y, muy bajito, suspiraba algunas palabras tiernas.

PEDRO.- ¿No la oyó usted?

RAMON.- Y si no la oyó, lo inventa. Por eso no te apures.

GLORI.- Yo no quisiera engañarme; pero me pareció que le nombraba a usted.

PEDRO.- ¿A mí?

RAMON.- ¡Pues, claro! ¿A quién va a ser? ¿A Juan que se tumbó a dormir?

PEDRO.- ¿Se acuerda en sueños de mí? Entonces, no me odia.

GLORI.- Pero, ¡qué le va a odiar! ¡Todo lo contrario!

PEDRO.- (Que se ha acercado al quicio de la puerta de la derecha y mirá hacia el interior.)

Pues, ¿no me he emocionado? ¿Haría mal en acercarme a ella?

GLORI.- ¡Claro que haría mal! Usted lo que tiene que hacer es tomarse ahora mismo la leche. ¡Hay que tonificarse! Siéntese aquí.

(Pedro obedece como un niño)

Poquito a poco, para que siente bien.

(Pedro va bebiendo)

RAMON.-

(Mirando a Gloria)

Poquito a poco, como todo lo bueno.

¿No es eso?

GLORI.-

¡Eso! Que la mucha azúcar, empalaga.

Poquito a poco, como la carrera de Ingeniero.

RAMON.-

Y como otras cosas que yo me sé. Me parece a mí que esta bailarina me va a hacer danzar en la cuerda floja.

GLORI.-

¡Zalamero!

PEDRO.-

Me encanta oíros. Cuando tú termines tu carrera...

RAMON.-

El año que viene...

PEDRO.-

Y te cases con ella y la retires de la escena...

GLORI.-

Pero, ¡qué empeño en retirar a la gente tiene este hombre!

PEDRO.-

...Blanca y yo os invitaremos a pasar una temporada con nosotros, porque viviremos, muy juntos los dos, en una casita blanca, lejos del mundo, en medio de los campos...

GLORI.-

Eso se dice con música de zarzuela.

(Cantando el dúo de "El Puñado de Rosas":

"Pues, óyeme, paloma,

yo tengo allí en Triana,
en medio de los campos,
una casita blanca."

DOCTOR.-

(Apareciendo por la primera de
(la izquierda. Es un señor an-
(ciano con barba y bigote blan-
(quísimos de bondadoso aspec-
(to.

¡Bien! Esto me parece bien. ¡Excelente se-
ñal!

PEDRO.-

(Acudiendo a recibirle)

¡Doctor! ¡El buen humor de la gente jo-
ven!

DOCTOR.-

El buen humor y el buen gusto. ¡Estas
zarzuelitas son inmortales! ¡El Puñao
de Rosas!

PEDRO.-

¡Ah! ¿Es de El Puñao de Rosas?

DOCTOR.-

¡Pero, hombre! ¡Popularísimo! A mí esta
música me rejuvenece. Se estrenó... por
el año cuatro. Eso sería. ¿Se acuerdan
ustedes de la Brú, y de Pinedo? ¡Aquel
Tarugo! ¿No se acuerdan? Es natural. Yo
entonces tenía... una novia guapísima.

RAMON.-

Como yo ahora.

DOCTOR,-

Y como este pobre,

(Por Pedro)

que miren ustedes la cara que pone por-

que hablamos de recuerdos y no hablamos de la enferma. ¿Qué? ¿Cómo va la tiple?

PEDRO.- Pues la... enferma... dicen estos que sigue mejorando.

DOCTOR.- Así lo espero.

(A Gloria)

¿Fiebre?

GLORI.- Ni una décima.

DOCTOR.- (A Ramón)

¿Pulso?

RAMON.- Normal. Además, de cuando en cuando, parece como si quisiera hablar.

DOCTOR.- Eso es lo que busco. Quizás con la sesión de hoy nos baste.

PEDRO.- Y, dígame, doctor. Cuando la habla suavemente al oído, ¿qué intenta usted?

DOCTOR.- Muy sencillo. Ir llevando poco a poco a su estado de subconsciencia la seguridad de su felicidad futura.

PEDRO.- ¡Dios se lo pague, Doctor!

DOCTOR.- Le repito una y otra vez aquello que le pueda halagar, aquello que le pueda seducir.

RAMON.- ¿Para que su cerebro vuelva a la normalidad?

DOCTOR.- Algo de eso. ¿Cuales son, por ejemplo, -queramos o no queramos-, las dos pasiones de esta mujer? Su prometido y su arte. Pues se las presento como perfectamente compatibles.

PEDRO.- ¿Cómo?

DOCTOR.- Sí. ¿No hay que salvarla?

PEDRO.- ¡Claro! Eso, ante todo.

DOCTOR.- Pues yo le digo: "Pedro está encantado con que sigas en el teatro. Pedro es el primer admirador de tu arte. A Pedro le gustas entre canastillas de flores"...

PEDRO.- (Asombrado, pero sin atreverse a protestar.)

¿Le dice usted eso?

DOCTOR.- ¡Naturalmente! Y consigo grandes resultados.

PEDRO.- Pero yo...

DOCTOR.- Usted, si quiere salvarla, ha de seguir el mismo procedimiento. Luego, cuando ya esté curada, cada uno es muy dueño...

PEDRO.- ¿Y entonces, Doctor?

DOCTOR.- Entonces no será usted capaz de hacerla desgraciada.

(Viéndole decaer)

¡Vamos! ¿En tan poco estima usted su ca-

riño? ¿

PEDRO.- Eso, no, don Fidel. Lo que usted mande.

DOCTOR.- Pues ahora mando que se quede aquí con su amigo; que a mí me basta con este terroncito de sal,

(Por Gloria)

y con la portera para la sesión de hoy.

RAMON.- ¿Perturbarán esas músicas?

DOCTOR.- No. Si ahí apenas se oyen. Yo me voy con mis mujeres.

GLORI.- ¡Y poco que disfruta!

DOCTOR.- He nacido para Sultán, lo reconozco.

(Hacen mltis por la derecha Gloria y el doctor.)

RAMON.-

(Llegándose a Pedro, que quedó sentado, pensativo.)

¿Qué te pasa?

PEDRO.- Nada. No vale la pena.

RAMON.- El procedimiento del Doctor...

PEDRO.- Si no hay otro... Ahora resulta que yo, el hombre práctico, no era más que un iluso.

RAMON.- ¿Por qué?

PEDRO.- Porque creí posible forjar una felicidad para mi adorada y sólo puedo aceptar la felicidad de ella que me imponen. To-

da mi concepción del orden y de la vida por los suelos.

RAMON.- Y, sin embargo...

PEDRO.- Y, sin embargo, -tú lo adivinas-, pidiendo a Dios que todo ese fracaso tenga realidad. (Viendo salir por la segunda (izquierda a JUAN.

No descansaste apenas...

JUAN.- No puedo. Quería pedirte un favor y no me atrevía. Pero, ya que estamos solos,...

PEDRO.- ¿Qué deseas?

JUAN.- La máquina de escribir. Poder llevármela a la oficina.

PEDRO.- Es tuya. ¡No faltaba más!

JUAN.- Aquí no puedo despachar todo lo atrasado y allí tendría tiempo. Ya sabes que yo, sin orden y sin disciplina, soy hombre al agua.

PEDRO.- No eres tú sólo, Juan.

PATRO.- (Apareciendo de puntillas por (la derecha con aire de gran (misterio.

¡Ay, señoritos, que emoción y qué alegría!

RAMON.- ¡Señora Patro!

PATRO.- Que vuerve, ¡que vuerve! Muy poquito a

poco, pero vuerve!

GLORI.- (Desde la puerta)

Como todo lo bueno.

PEDRO.- ¡Vamos!

PATRO.- ¿Qué va usted a hasé ahora, desgrasiao?
¿Va a estropeá de sopetón, la faena de
filigrana que está ejecutando Don Juan
Bermonte?

RAMON.- ¿Y yo, tampoco?

GLOR.- No. Ha dicho el Doctor que hombres, no.

RAMON.- Es que yo... soy Joselito.

PATRO.- ¡Usted no es más que El Estudiante, hom-
bre! (Mutis)

RAMON.- Y a mucha honra.

GLOR.- Un poquito de paciencia, Un poco.

(Mutis, también por la derecha)

PEDRO.- (A Juan)

Va volviendo a la vida. ¡Va volviendo a
la razón! ¿Tú te dás cuenta de la emo-
ción del instante? Es el nacimiento del
ser que ya conoces, de la criatura que ya
adoras... Es el supremo momento de las
ofrendas y de los sacrificios... Es la
angustia del...

VOZ DE MUJER.- (La misma del primer acto;

(pero en vez de ser insinuante
)y acariciadora, ésta es débil
(y suplicante.

Pedro... Pedro...

PEDRO.-

(Que hablaba entre los dos ami-
gos, deja cortada la frase. Se
coge para no caerse a los bra-
zos de Juan y Ramón y dice,
(hondamente emocionado:

Ella... ¡Es ella, Ramón! Me ha nombra-
do. ¡Vuelve a la vida!

RAMON.-

Cálmate.

JUAN.-

Ven... Siéntate aquí.

PEDRO.-

No. ¡Aquí! Cerca de su cuarto. Ha sido
ella, Juan.

(Una pausa)

¿No dice nada ahora?

DOCTOR.-

(Por la derecha, gozoso)

¿Oyó usted?

PEDRO.-

Sí, doctor. ¿Me nombró, verdad? ¡Dios
la bendiga!

DOCTOR.-

Es preciso ahora continuar la curación.

PEDRO.-

Sí, Doctor. Vaya usted. Enseguida.

DOCTOR.-

Yo, no. Ahora es usted el que ha de ha-
cer de médico.

PEDRO.-

¿Yo? Pero, ¿cómo?

DOCTOR.-

¿Le falta el valor?

PEDRO.- De ninguna manera. Pero, dígame cómo.

DOCTOR.- ¿Recuerda usted lo que yo decía a la enferma al oído?

PEDRO.- Sí, Doctor.

DOCTOR.- Pues es preciso, que suavemente, desde aquí, sin que pueda verle, se lo vaya repitiendo usted.

(Ante una mirada de él)

Es absolutamente necesario.

PEDRO.- (Bajando la cabeza)

Sea.

DOCTOR.- Colóquese aquí.

(A los amigos)

Es un sencillo procedimiento de recuperación psíquica.

(A Pedro)

¿Quiere que le apunte?

PEDRO.- No. Me acuerdo de la idea.

DOCTOR.- Basta con ella.

PEDRO.- (Desde cerca de la puerta de la derecha, dirigiendo su voz al interior, con sincera y honda emoción.)

"Soy yo, Pedro, quien te habla, chiquilla mía. Pedro, que se siente orgulloso de tu arte, de la belleza infinita de

tu voz, de tus triunfos en el teatro.

(Mira al Doctor y éste le anima con gestos afirmativos.
(Miradas de asombro de Juan a Ramón, que éste contesta como diciendo: "Ya te lo explicaré todo."

Pedro quiere no separarse de tu lado, pero que tú tampoco te alejes de la escena. Vivirás con Pedro y con el teatro.

(Gestos satisfactorios del Doctor.

Y únicamente cuando estés curada...

(Terribles gestos negativos del Doctor.

...cuando estés curada...

(Haciendo un supremo esfuerzo.

Seguirás siendo la tiple mimada de los públicos... ¡y seguirás teniendo a Pedro, mirándose en tus ojos!"

(Desfalleciendo y bajando la voz.

¡No puedo más!

DOCTOR.- Es lo suficiente. Descanse ya. Ha sido un sacrificio, lo comprendo. Voy a ver el efecto.

RAMON.- Vamos, Pedro: has sido un hombre.

PEDRO.- ¿Un hombre, yo? Un desgraciado. Mira la

cara de éste cómo me acusa. Sí, Juan. Soy un desgraciado; un ser despreciable que claudicó. Despréciame, que lo merezco. Todas mis teorías -nuestras teorías- por tierra. Y ha sido una mujer, -¿cuándo lo pude sospechar?-, la causa.

JUAN.- Aún estás a tiempo. Recuerda quién eras.

PEDRO.- No. Ni puedo, ni quiero. Porque estoy orgulloso de mi claudicación y resignado con mi vida nueva. ¿No me resigné antes con la muerte de ella? Pues ahora acepto esta muerte mía y me entrego a un nuevo yo, que ignoro si es más humano o más divino.

JUAN.- Pero, ¿y tu dignidad?

PEDRO.- ¡Tú lo has dicho! Es el supremo sacrificio que por ella hago. Mucho es renunciar a la vida por un ideal; pero es... la Gloria. Renunciar a conciencia a la propia dignidad es harto más duro; es la derrota, ¡y seguir viviendo!

RAMON.- No te arrepientas, Pedro; yo te he comprendido.

PEDRO.- Porque tú te has enamorado.

JUAN.- (Asombrado)

¿Este?

GLORI.-

(Por la derecha)

¡Es maravilloso! ¡Qué despertar más dulce!

PEDRO.-

¿Ya?

GLORI.-

Ya está hablando, despacio y suavemente, con el Doctor.

(A Pedro estrechándole la mano)

Te felicito, Pedro; por tu hombría de bien y tu generosidad. Voy a dar la noticia a la Academia.

(Mutis primera izquierda)

RAMON.-

(A Pedro)

¡Salvada, chico, salvada!...

(Le abraza)

PEDRO.-

Dios es piadoso conmigo.

RAMON.-

Aunque hayas tenido que violentarte...

JUAN.-

...Y aunque te tuteen ya las bailarinas.

RAMON.-

(Rápido, a Juan)

¿Nó decías que querías la máquina? Pues, anda, que tienes mucho que hacer.

JUAN.-

Mejor será.

(Tomando la máquina portable, que Ramón le entrega.)

PEDRO.-

(En lo suyo)

Pero, si está salvada, ¿por qué no la

puedo abrazar todavía?

(Va hacia la derecha en el momento en que por la izquierda aparece el MAESTRO CESPEDES, seguido de GLORIA, ANGELITTA, OLGA y ROSARIO.

CESPE.- ¡Enhorabuena, amigo! ¿Pasó todo el peligro?

PEDRO.- Así parece.

CESPE.- ¡Tenemos tiple!

LAS CHICAS.- ¡Tenemos tiple!

GLORI.- Y, no sabéis lo mejor. El propósito decidido del señor Alvarado de hacerla su esposa y dejar que siga en el teatro.

CESPE.- ¿Es cierto? No me atrevo a creerlo.

PEDRO.- Ciertísimo. Estos señores lo han oído.

RAMON.- Nosotros.

CESPE.- Nos dá usted la alegría mayor que cabe imaginar. Porque es toda una serie de planes fraguados a base suya. Es el calor de su arte y de su fama, alentándonos. Precisamente, ahora, hay un señor de gran fortuna, que se haría empresario, si ella canta.

PEDRO.- Pues, si ella quiere, cantará. Yo iré con ella, con ustedes. De lo que sea.

CESPE.- Pero, ¿es posible?

JUAN.- (Aparte)

Es inaudito.

(Se va sin ser visto, por la izquierda.)

PEDRO.- ¿Qué no haré yo por verla sana y feliz?
¿Verdad, Gloria?

CESPE.- Se me ocurre una idea. Proponerle un puesto en la compañía.

PEDRO.- Aceptado; pero... ¡no soy cómico!

CESPE.- De contador y representante. Los negocios teatrales van muchas veces mal por falta de administración y de organización de sus planes; por ignorancia de sus cuentas.

PEDRO.- (Interesado a pesar suyo)

¿Es posible?

GLORIA.- Ya lo creo. ¡Cuántas compañías se deshacen, cuántos negocios fracasan por falta del hombre que los encauce y que los discipline! Ese... puedes ser tú.

PEDRO.- ¡Seré yo el contador de la compañía de la Cisneros! Yo os llevaré con ella al éxito y os haré ricos. ¡Ya lo oyes, Juan! Ya encontré una nueva plaza de contable..

(Pausa)

¿No está Juan? No ha querido ver a su ídolo roto.

PATRO.-

(Por la derecha)

¡Señorito Pedro! ¡Señorito!

PEDRO.-

¡Patro!

PATRO.-

Que se prepare usted pa abrasar a su ti-
ple un rato mu largo.

PEDRO.-

¿Y qué me importa, Ramón, -qué nos im-
porta- el desprecio de Juan, si hemos
encontrado cariño de personas, cordia-
lidad de hermanos, emoción de corazones
elegidos en el seno de esta entrañable
gente del teatro? Yo iré con vosotros y
con ella embriagándome de triunfo y de
alegría; y seré, con mis balances y mis
presupuestos, una rueda más en el carro
de esta bendita Farándula, que no permi-
te que le arranquen ni uno solo de sus
hijos, sino a costa de la razón o de la
vida. ¡Yo os prometo ser...!

VOZ DE MUJER.-

(La misma de antes, pero ple-
tórica de fuerza y de alegría.)

¡Pedro! ¡Pedro!

PEDRO.-

(Con una transición)

¡Blanca! ¡Mi Blanca!

DOCTOR.-

(Por la derecha, cediéndole
(el paso.¡Ahora, sí! ¡Ahora... apriete usted sin
miedo!

PEDRO.-

¡Para siempre! Blanca; para siempre!

(Cruza rápido la escena y ha-
(ce mutis por la derecha. El
(Doctor se ve rodeado por las
(chicas. Gloria y Ramón se mi-
(ran y enlazan sus manos. La
(señora Patro, curiosa, mira
(por la puerta de la derecha
(hacia el interior.FIN DE LA OBRA.(Si el público aplaude, saldrá
(a escena a saludar con los ac-
(tores, la misma figura de mu-
(jer que apareció en los fina-
(les de los anteriores actos.
(Ahora lucirá un bello salto
(de cama y una cofia de encaje.

-.-.-.-

CARMEN MORENO
COPISTA TEATRAL
MURCIA, 26, 1.º B
MADRID